

Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales

CIRCUNSTANCIA. AÑO I - NÚMERO 3 - ENERO 2004

Estados de la cuestión

Ana Rubio García

Introducción

Perspectivas teóricas de los movimientos sociales

1. Enfoques clásicos

1.1. Enfoque del comportamiento colectivo

1.2. Enfoque de la sociedad de masas

1.3. Enfoque de la privación relativa

1.4. Nuevas perspectivas

2. Teoría de la movilización de recursos o enfoque estratégico

2.1. Importancia del análisis microestructural: organización, recursos y movilización

2.2. Enfoque del proceso político o la “estructura de oportunidades políticas”

2.2.1. La estructura de oportunidades políticas

2.2.2. Repertorios de acción y Ciclos de protesta

3. Nuevos movimientos sociales o “paradigma de la identidad”

3.1. Importancia de los factores estructurales

3.1.1. Cambio económico

3.1.2. Cambio político

3.1.3. Cambio cultural

3.2. Los “nuevos movimientos sociales”

3.2.1. Actores

3.2.2. Valores y objetivos

3.2.3. Formas de organización y acción

3.3. Alain Touraine y la sociología de la acción

3.4. Alberto Melucci y la identidad colectiva

4. Propuestas de integración y nuevos planteamientos

4.1. El acercamiento entre TMR y NMS

4.2. El enfoque “constructivista”

“En sociología, hay numerosas definiciones y teorías sobre los movimientos sociales.(...)En muchos aspectos, todos nos parecemos un poco a los seis famosos ciegos hindúes en la parábola clásica. Cada uno de ellos colocaba su mano en una parte diferente del elefante y en consecuencia describía un animal distinto”.

INTRODUCCIÓN

A finales de los años sesenta, se producen fenómenos de movilización en Europa y Estados Unidos como no habían sido vistos desde los años treinta. El largo periodo de “paz social” que se inició tras la II Guerra Mundial parecía haber llegado a su final, impresión que se acrecentó durante la década siguiente, con los convulsos años setenta. Aunque el carácter radical de muchas de las movilizaciones sociales características de esos años se mitigará a partir de los años ochenta, el germen de algo nuevo ya se había introducido en el orden político y social configurado a partir de 1945.

Ciertamente, no puede decirse que las reivindicaciones y proclamas más ambiciosas llegaran a cumplirse, ni que el mundo o una parte de él fuera sustancialmente transformado, pero sí puede admitirse que, a partir de entonces y especialmente en las sociedades capitalistas más avanzadas, nuevos temas, problemas y realidades pasaron a formar parte de las agendas políticas y de la vida cotidiana, afectándolas por tanto. Mirando desde el presente, no es difícil apreciar la influencia que el movimiento ecologista ha ejercido para que en la actualidad todos los partidos políticos y gobiernos incluyan políticas ambientales en sus programas, o cómo el movimiento feminista ha conseguido que, incluso en nuestras conciencias, el papel de la mujer en la sociedad y, por tanto, la misma imagen de la mujer, se hayan visto sustancialmente alterados.

Ciertamente, tampoco puede decirse que el orden político surgido de la posguerra haya llegado a su fin, pero el sistema de partidos en el que se basan las democracias capitalistas fue ampliamente cuestionado por el propio surgimiento de los movimientos de los setenta. Partidos políticos e instituciones, justificadas en el principio de representación, mostraron su incapacidad para dar cabida a amplios sectores de la sociedad que planteaban nuevos temas con demandas que, en la mayoría de los casos, estaban destinadas a obtener objetivos de carácter universal, no reducibles a sectores o clases sociales concretos, como había sido hasta entonces.

Ciertamente, por último, no puede decirse que la etapa de movilización social que se inicia a finales de los sesenta haya supuesto un cambio de dirección en la tendencia hacia el individualismo característico de las sociedades más avanzadas, sin embargo, sí ha señalado ciertos límites sobre lo irremediable de ciertos procesos. No todo está en manos de un sistema que cada vez nos es más ajeno y del que nada podemos cambiar. A través de su organización y movilización, la gente, la sociedad, puede no sólo discutir y negociar sobre aquellos aspectos que le son más cercanos y necesarios, sino también cuestionar el rumbo general que está tomando el mundo en manos de las grandes empresas transnacionales, auténticas protagonistas de la política y la economía mundial. Sólo desde una sociedad organizada y activa podrá ponerse límites a los procesos de creciente desigualdad y exclusión que ya caracterizan al mundo actual. Movimientos sociales como los dirigidos a condonar la deuda del Tercer Mundo o los que denuncian y luchan contra los excesos de la globalización económica, pueden ser los ejemplos más actuales de lo que, en muchos sentidos, representan los nuevos movimientos surgidos a partir de los años setenta.

Pero reduzcamos la lente de nuestra mirada para centrarla en otro tipo de efectos que, en un ámbito más restringido, han tenido los movimientos sociales surgidos en las últimas décadas. Se trata de la reacción intelectual y académica que, especialmente desde la Sociología, ha sido de tal envergadura que, sin duda, permite hablar de un antes y un después.

A partir de los años setenta y como resultado de la ola de protestas y movilizaciones iniciadas en la década anterior, la producción teórica y empírica sobre los movimientos sociales aumenta de tal manera que su estudio pasa a convertirse en todo un campo de la Sociología. La explicación de ambos desarrollos se encuentra no sólo en el aumento del número de casos a estudiar, que explicaría el crecimiento empírico, sino en las características que se observan en los nuevos movimientos y que, se cree, están lejos de poder ser explicadas con las teorías vigentes en esos momentos. Se inicia por tanto la crítica de esas teorías, que irá acompañada de nuevas reflexiones que pretenden dar respuesta a los interrogantes surgidos ante las nuevas formas y contenidos de los movimientos.

El presente trabajo pretende trazar el recorrido teórico que se inicia en esos momentos en relación al estudio de los movimientos sociales. Como señala la reflexión de Gusfield destacada al principio, han sido diferentes los caminos seguidos para intentar comprender los fenómenos de movilización social contemporáneos pero, en la analogía que hace, también ofrece pistas sobre una peculiaridad que se da en este campo de estudio: existen numerosas teorías y perspectivas diferentes pero, en general, no son excluyentes entre sí. Parten de presupuestos diferentes, cada una destaca unas dimensiones sobre otras, las imágenes que utilizan del objeto a estudiar son distintas, pero, si unimos entre sí las piezas que pueden encajar (las relaciones entre las distintas partes y entre las partes y el todo) es posible obtener una imagen bastante completa de lo que es un movimiento social.

Teniendo en cuenta lo anterior, el recorrido que aquí se propone comienza con los enfoques teóricos que dominaban el campo de estudio a finales de los sesenta, cuando la irrupción de los nuevos movimientos marcó la necesidad de una profunda reflexión y cuyo resultado fue la pluralidad teórica ya señalada [1]. Trazar las líneas principales de los nuevos enfoques que se desarrollan a partir de los años setenta, la “teoría de la movilización de recursos” y el enfoque de los “nuevos movimientos sociales”, con sus respectivas variantes, ocupa el cuerpo principal del trabajo, que concluye con las propuestas de integración que se producen desde mediados de los años ochenta y con un nuevo enfoque, de gran influencia en la actualidad, fruto en gran medida del proceso de reflexión y acercamiento entre teorías y de la influencia de las nuevas tendencias constructivistas que afectan a toda la disciplina (Corcuff, 1998).

[Volver](#)

PERSPECTIVAS TEÓRICAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El interés intelectual y académico por los movimientos sociales cobra gran relevancia a partir de los años setenta, como resultado de la ola de protestas y movilizaciones sociales que se inician en la década anterior, primero en Estados Unidos y poco después en Europa.

Cuando estos fenómenos se producen, están vigentes en el campo de estudio de los movimientos sociales distintas teorías que van a mostrar lo ineficaz de sus presupuestos para dar cuenta de muchos de los rasgos que presentan las movilizaciones de la época. La reacción, principalmente desde la Sociología, será rápida, elaborándose críticas a los enfoques del momento que contendrán el germen de los nuevos planteamientos que se desarrollarán a partir de entonces. Esta vinculación entre crítica e innovación sería suficiente para justificar la inclusión de esos enfoques considerados aquí como “clásicos”, pero hay además otro motivo que hace necesaria su presencia: si durante los años setenta y ochenta los paradigmas surgidos a ambos lados del Atlántico fueron claramente hegemónicos en el estudio de los movimientos sociales, a lo largo de los noventa se van configurando nuevas propuestas, derivadas del desarrollo de las investigaciones y de la constatación de “vacíos” en las explicaciones de las teorías dominantes, que presentan importantes conexiones con algunos de los enfoques clásicos (Gusfield, 1994; Laraña, 1996) y llegan a configurar un nuevo enfoque teórico (Klandermans, 1994; Della Porta y Diani, 1999)[2].

Tras los enfoques vigentes en el momento de iniciarse la renovación teórica de los años setenta, el trabajo se adentra en los modelos de interpretación que han representado una auténtica eclosión del campo de estudio de los movimientos sociales. Los fenómenos de movilización que se produjeron a partir de los años sesenta, expresaron por sí mismos la necesidad de nuevas formulaciones teóricas por parte de las ciencias sociales. Desde la Sociología comienzan a elaborarse los nuevos modelos de explicación, que desde un principio se presentan claramente diferenciados en dos tradiciones: la desarrollada especialmente en los Estados Unidos y que centra el análisis de los movimientos sociales en el carácter estratégico de estos, la organización y los recursos que posibilitan la movilización (el “cómo” según la celebrada caracterización de Melucci) [3] y la tradición elaborada desde Europa, preocupada por los factores estructurales y de identidad que llevan a los individuos a participar en acciones colectivas de protesta (el “por qué” de nuevo según Melucci).

Si bien a primera vista cabe pensar que ambas tradiciones pueden ser complementarias, la realidad es que durante un largo periodo de tiempo ambas se mantuvieron total y mutuamente ignoradas. No será hasta mediados de los años ochenta cuando se produzcan los primeros acercamientos entre estudiosos de ambos paradigmas, en un intento no sólo de sintetizar ambos enfoques sino también de fijar la

atención sobre las dinámicas que llevan de los condicionantes estructurales a las decisiones individuales de participar en un movimiento social, importante vacío al que ninguno de los dos paradigmas daba respuesta [4].

Volvemos así a algo ya mencionado unas líneas atrás y que cerrará este recorrido, casi circular, por las teorías y enfoques de interpretación de los movimientos sociales: el desarrollo a lo largo de los últimos años de nuevos planteamientos “centrados en aspectos de carácter simbólico y cultural, considerados esenciales para la interpretación y explicación” de los movimientos sociales contemporáneos (Laraña y Gusfield, 1994:XI). Lo que estos planteamientos buscan llenar es precisamente el vacío reconocido por los teóricos de los enfoques consolidados. Pero la dificultad de explicar el paso de lo individual a lo colectivo, de cómo el nivel micro (los sentimientos experimentados a nivel individual) da lugar a fenómenos de nivel macro (movimientos sociales, por ejemplo), parece recordar también la imposibilidad de elaborar grandes teorías “atrapalo-todo” que puedan dar cuenta de todos los aspectos de la realidad social o ni siquiera de uno solo de ellos desde todos sus prismas.

Sólo con lo dicho hasta aquí el desarrollo y vitalidad de este campo de la Sociología parece claro: tiene buenos reflejos, practica la autorreflexión y es sumamente fecundo, esto último hasta tal punto que cualquier intento de exhaustividad resultaría vano. Lo que sigue, por lo tanto, solo pretende ofrecer un estado general de la cuestión, señalando los principales “hitos” intelectuales en la materia hasta alcanzar el momento actual, en el que los llamados movimientos antiglobalización vuelven a plantear la necesidad de afrontar nuevas preguntas en la investigación, marcadas en buena medida por la irrupción de formas de acción y el uso de medios de comunicación hasta hace poco no disponibles.

[Volver](#)

1. ENFOQUES CLÁSICOS

Con el surgimiento de las nuevas ciencias sociales a finales del siglo XIX se inicia la búsqueda de respuestas “científicas” que den explicación a los fenómenos de acción de masas. La primera formulación será la conocida como “psicología de masas”, que tiene en Gustave Le Bon y Gabriel Tarde y posteriormente en Freud a sus principales representantes. Este enfoque, de carácter psicosocial por su énfasis en la conducta humana, encuentra la explicación de los excesos del comportamiento de masas en el contagio y la sugestión: mientras que el individuo aislado se comporta en su cotidianidad de forma racional, al integrarse en una muchedumbre esa racionalidad desaparece, el individuo se une a la homogeneidad de la masa y se deja llevar por la sugestión del discurso y el carisma del líder. Se configura así una especie de mentalidad colectiva, de “unidad mental” en términos de Le Bon, cuya irracionalidad, carga emotiva y credulidad están muy lejos del comportamiento controlado, respetuoso con las normas y racional del individuo aislado.

Los enfoques que a continuación se observan recogen algunos de los planteamientos de la psicología de masas, pero también introducen nuevas visiones, especialmente un concepto más positivo de la acción colectiva. Dichos enfoques, considerados como “clásicos” (Laraña, 1996; Casquette, 1998) son: el enfoque del comportamiento colectivo, con dos versiones diferenciadas, la interaccionista y la funcionalista, el enfoque de la sociedad de masas y el de la privación relativa.

[Volver](#)

1.1. Enfoque del comportamiento colectivo

A partir de los años veinte y treinta del siglo pasado, cuando todavía el enfoque de la psicología de masas se mantiene vigente, comienzan a elaborarse nuevos planteamientos que, aunque no suponen una ruptura total, sí introducen nuevas concepciones y presupuestos. Es en la llamada Escuela de Chicago donde se desarrolla principalmente el enfoque del “comportamiento colectivo”, que cuenta con Robert E. Park, Ernest W. Burgess, Herbert Blumer, como sus más destacados representantes [5].

Una primera diferencia que se establece con la psicología de masas es relacionar el comportamiento colectivo con el cambio social. En un amplio proceso de transformación de la sociedad se dan condiciones emergentes que estimulan la búsqueda de nuevos modelos de organización social. El

comportamiento colectivo y los movimientos sociales como una de sus formas, serían así expresión del impacto producido por fenómenos como la urbanización, la pérdida de formas de cultura tradicional, la innovación tecnológica, los medios de comunicación de masas o la emigración. Estos cambios en la estructura social provocarían la aparición de intentos no institucionalizados de reconstrucción del sistema de creencias compartidas y de la propia estructura social.

La similitud que puede observarse en este sentido con las perspectivas funcionalistas, desaparece al considerar la movilización no como una búsqueda de restablecimiento del equilibrio que ha sido alterado, sino como el intento de desarrollar nuevos sistemas de significados a compartir y nuevas formas de relación social (Della Porta y Diani, 1999: 256; Laraña, 1996:30-31). Se observa aquí la influencia del “interaccionismo simbólico” iniciado por Mead [6] que, aplicado a la acción colectiva, considera que en ésta se producen intercambios de nuevas actitudes e interpretaciones de la realidad que sientan las bases para la acción social.

Esto último hace referencia a otra ruptura clara del nuevo enfoque con respecto al de la psicología de masas y es el carácter positivo que se otorga al comportamiento colectivo en cuanto a su capacidad para elaborar nuevas formas de comportamiento convencional o reglado: “Para que un individuo pueda efectuar nuevos ajustes y establecer nuevos hábitos, es inevitable que los viejos hábitos sean liquidados, y para que la sociedad pueda reformar el orden social existente, un cierto grado de desorganización es inevitable” [7]. Esto implica, además, difuminar la separación entre el comportamiento convencional, que se atiene a las normas sociales y el comportamiento colectivo, considerado hasta entonces diferente de aquél [8].

Si estas son las novedades más destacadas que introduce el enfoque del comportamiento colectivo (en su versión “interaccionista”) en el estudio de los movimientos sociales, las continuidades con la teoría de la psicología de masas también son importantes. En primer lugar, permanece el componente psicosocial en cuanto que la movilización tiene lugar por un impulso común y colectivo que es resultado de la interacción social. Además, se mantiene la consideración bajo un mismo término, de fenómenos muy dispares entre los que los movimientos sociales serían solamente una forma más de comportamiento colectivo, compartiendo el mismo marco analítico que los disturbios, multitudes, modas, opinión pública, etc.

Dentro de las teorías del comportamiento colectivo, aunque en versión “funcionalista”, se desarrolla durante los años cincuenta y sesenta un nuevo enfoque: el estructural-funcionalismo, con Neil J. Smelser como principal exponente. Su objetivo es establecer una explicación sociológica del comportamiento colectivo, dejando atrás cualquier enfoque psicologista, para centrarse en los determinantes sociales de la protesta. Así, mientras que los autores de la escuela de Chicago influenciados por el interaccionismo simbólico, centran su preocupación en el origen de la solidaridad e identidad colectiva o en los efectos de la movilización sobre los individuos, Smelser, desde el estructural-funcionalismo, pone el énfasis en el contexto estructural en el que la movilización tiene lugar.

Continuando la línea teórica iniciada por el funcionalismo de Parsons, Smelser considera toda sociedad como un sistema compuesto por subsistemas en equilibrio. La aparición de comportamientos colectivos serían síntomas que rebelan la existencia de tensiones en la estructura social, reflejando, por un lado, la incapacidad de las instituciones y mecanismos de control social para reproducir la cohesión social y, por otro, los intentos de la sociedad por reaccionar a situaciones de crisis a través del desarrollo de creencias compartidas.

Aunque la obra de Smelser, Teoría del comportamiento colectivo (1963), supone un giro importante en el estudio de los movimientos sociales, conserva sin embargo ciertas continuidades con la escuela de Chicago: en primer lugar, sigue considerando como no racional el comportamiento colectivo cuando dice que “...las creencias que sirven de base al comportamiento colectivo se asemejan a las creencias mágicas” [9] y, como segunda continuidad importante, al incluir todo comportamiento social dentro del mismo marco teórico y conceptual, mantiene la idea de que todas las formas de comportamiento colectivo pueden ser explicadas dentro de un mismo marco analítico, sin tener en cuenta la disparidad de los fenómenos que el término engloba.

Volver

1.2. Enfoque de la sociedad de masas

Herederos también del enfoque de la psicología de masas y compartiendo el panorama intelectual sobre los movimientos sociales con las teorías del comportamiento colectivo, se encuentran los análisis derivados de las teorías sobre la “sociedad de masas”.

Esta línea de pensamiento, ya planteada por Ortega y Gasset en los años veinte con estudios dedicados a analizar los comportamientos sociales de las masas que conforman la sociedad contemporánea, tiene continuidad en los años cincuenta y sesenta con trabajos como los de Hannah Arendt y William Kornhauser, siendo la aportación teórica más importante la de este último. Estos autores buscaban explicar el surgimiento de los movimientos totalitarios de la primera mitad de siglo en Europa, de tanta influencia en el desencadenamiento de la II Guerra Mundial.

En contraste con la escuela de Chicago o los planteamientos de Smelser, el enfoque de la sociedad de masas pone su énfasis en las características de los individuos que participan en las acciones de protesta. Sus teóricos caracterizan la sociedad de masas como un modelo de relaciones sociales basado en el desarrollo de organizaciones burocráticas que regulan la vida de grandes cantidades de personas y que influyen (junto a amplios procesos de cambio social como la urbanización o la industrialización) en la desconexión del individuo de sus vínculos sociales tradicionales (familia, comunidad, sindicatos, iglesia,...), asociaciones intermedias que a su vez se fragmentan y debilitan, ayudando a configurar una sociedad con una estructura atomizada que facilita el aislamiento y la sensación de alienación de los individuos.

Es esta “atomización social”, según Kornhauser, la que conduce al estallido de movimientos de protesta, ya que el aislamiento y la ausencia de formas de integración y solidaridad, produce individuos particularmente vulnerables a la llamada de movimientos radicales y antidemocráticos.

La influencia del enfoque de la psicología de masas se observa claramente, al mantenerse algunos de sus rasgos más característicos: irracionalidad de la masa, objetivos lejanos y difusos y participación destacada de los sectores más desarraigados, desintegrados y alienados de la sociedad (Casquette, 1998:54).

[Volver](#)

1.3. Enfoque de la privación relativa

Durante los años sesenta, mientras están teniendo lugar las primeras oleadas de movimientos sociales que ponen de manifiesto lo inapropiado de los enfoques teóricos vigentes, incapaces de explicar el protagonismo estudiantil o la evidente racionalidad estratégica de muchas de las nuevas formas de protesta, se elabora una formulación teórica que pretende dar cuenta de las motivaciones que inducen a los individuos a participar en acciones colectivas. Con análisis centrados en la violencia política, James C. Davies (1962), Susan y Norman Fainstein (1969) y Ted Gurr (1970), entre otros, proponen un enfoque que considera los movimientos sociales como la manifestación de sentimientos de privación experimentados por los actores ante expectativas frustradas.

Según el modelo teórico sistematizado por Gurr en *Why Men Rebel* (1970), la privación relativa experimentada por los individuos no es una realidad objetiva, sino basada en la percepción que cada uno tiene de dicha realidad, es decir, considerando lo que se tiene y lo que se cree merecer. Estas expectativas creadas no se refieren solo a bienes materiales, sino también a la participación política o a posibilidades de desarrollo personal. La frustración generada por el sentimiento de privación se traduce en descontento, que es el que lleva a los individuos a participar en movimientos de protesta.

Esta perspectiva, a pesar de alcanzar su desarrollo teórico en un momento en que la realidad había mostrado los límites de las teorías vigentes en la época, mantiene algunos de los rasgos más controvertidos de estas, como el énfasis en los aspectos psicológicos, la irracionalidad en la motivación de los actores o la visión de la movilización colectiva como un mero agregado de experiencias

individuales. Sin embargo, aunque la teoría de la privación relativa perderá relevancia como modelo de análisis frente a los nuevos planteamientos centrados en el carácter estratégico de la acción, en la actualidad, cuestiones como la elaboración de expectativas o el sentimiento de agravio de los actores son factores que se reconocen presentes en los movimientos, lo que ha supuesto que se la considere como una “teoría de alcance medio” susceptible de ser aplicada en algunos análisis de la acción y el conflicto social (Pérez Ledesma, 1994:118-119; Della Porta, 1999:256).

[Volver](#)

1.4. Nuevas perspectivas

Como ya se ha mencionado, a principios de los años setenta se inicia una renovación teórica en el campo de estudio de los movimientos sociales. Las movilizaciones iniciadas la década anterior suponen una enorme ampliación en el terreno de la investigación empírica, que permite a una nueva generación de sociólogos no solo observar, sino también participar en los propios fenómenos objeto de estudio, lo que pronto influirá tanto en la elaboración de críticas que señalan la incompatibilidad entre realidad y teoría disponible (Gamson, 1990[1975]:134; McAdam, McCarthy y Zald, 1988:697), como en la dirección que tomarán los nuevos presupuestos (Jenkins, 1994[1983]:7).

Otra influencia que cabe señalar con relación al cambio teórico que se produce, es la aportación que desde la historiografía hacen autores como Rudé, Hobsbawm o Thompson, con obras donde se cuestionan algunos de los presupuestos de las teorías clásicas y que plantean nuevos elementos de análisis que alcanzarán su desarrollo teórico con los nuevos enfoques que ahora se inician (Cohen, 1985:674; Pérez Ledesma, 1994:84).

Este cambio de paradigmas estará marcado desde el principio por la formación de dos tradiciones, que además de ser muy diferentes en cuanto a propuestas y contenidos, se desarrollan en espacios geográficos también distintos. Mientras que en Estados Unidos se elabora la “teoría de movilización de recursos” (TMR) que centra su énfasis en los recursos, la organización y las oportunidades como medios que posibilitan la movilización y la consecución de objetivos, en Europa se dirige la atención hacia los cambios culturales y macroestructurales que han dado lugar a la formación de nuevas identidades que emergen a través de los movimientos sociales contemporáneos, dando nombre por su énfasis en la novedad de estos al enfoque de los “nuevos movimientos sociales” (NMS) [10].

A pesar de las diferencias que los separan, ambos paradigmas presentan puntos en común frente a los enfoques clásicos que buscan superar. Ambos entienden que los movimientos sociales giran en torno a la existencia de grupos organizados, cuyos miembros actúan racionalmente y están integrados en asociaciones. Es más, la acción colectiva conflictiva es normal e implica formas de asociación específicas en el contexto de una sociedad civil moderna y pluralista. En definitiva, ambos enfoques distinguen dos niveles de acción colectiva: el nivel manifiesto de las movilizaciones y el nivel latente, presente en las formas de organización y comunicación entre grupos y que da cuenta de la vida cotidiana y de la continuidad de la participación del actor. Este énfasis en la organización previa de los actores sociales y en la racionalidad del enfrentamiento colectivo marcan claramente la diferencia con respecto a planteamientos anteriores (Cohen, 1985:673).

[Volver](#)

2. “TEORÍA DE LA MOVILIZACIÓN DE RECURSOS” O ENFOQUE ESTRATÉGICO

La TMR se gesta a partir de algunas respuestas críticas a las teorías clásicas vigentes en la época, respuestas que, junto a los otros factores ya mencionados, reciben también la influencia de la “teoría de la elección racional” formulada a partir de la obra de M. Olson, *The Logic of Collective Action* (1965). Olson realiza un análisis sobre la racionalidad de la participación individual en la acción colectiva basado en el cálculo de costes y beneficios y que ofrece a los nuevos teóricos la posibilidad de superar las explicaciones de corte psicologista y adentrarse en planteamientos dirigidos por la racionalidad instrumental de la movilización. De hecho, en la TMR el “actor racional”, ya sea el individuo o el grupo, reemplaza a la muchedumbre como punto de referencia central en el análisis de la acción colectiva y lo hace utilizando un razonamiento estratégico e instrumental (Cohen, 1985:674), basado en el cálculo de

los costes y beneficios de diferentes líneas de acción (Jenkins, 1994[1983]:7)

En síntesis, lo que Olson plantea es que los individuos participan en la acción colectiva en función de sus intereses y tras un cálculo de los costes y beneficios que les supone dicha participación, es decir, el coste nunca puede ser mayor que el beneficio que se espera conseguir. Esto, que según Olson puede aplicarse claramente en el caso de organizaciones pequeñas, no lo es tanto si se pretende el análisis sobre organizaciones grandes que buscan beneficios colectivos, como es el caso de los movimientos sociales. Según la lógica del modelo, lo normal en este caso es que el individuo no participe de la acción ya que el coste es superior al beneficio y, sobre todo, su no participación no implica la no obtención de los objetivos buscados sino que, por el contrario, puede beneficiarse de los resultados de la acción sin necesidad de participar. Este es el famoso problema del free-rider o “gorrón”, que Olson solventa en su modelo introduciendo el concepto de “incentivos selectivos”, es decir, de beneficios individuales que incitarían a los individuos a participar en la acción colectiva. Con esta “teoría del subproducto”, Olson explica la contradicción que se da en su teoría entre el supuesto fracaso de la acción colectiva en las organizaciones grandes y la existencia real de tales organizaciones (Aguar, 1990: 10-15).

El problema que esto último supone para una teoría de los movimientos sociales que cuenta con la racionalidad estratégica e instrumental como uno de sus fundamentos, es patente desde el principio. La necesidad de que existan “incentivos selectivos” para que se produzca la participación en la acción colectiva implica que en ausencia de tales incentivos la acción sea imposible o irracional, o al menos no racional, como señala el propio Olson. De aquí la preocupación de algunos de los teóricos de la TMR en buscar una respuesta al problema del free-rider o de por qué una parte de la población participa en movilizaciones colectivas que no les son útiles en términos racionales. Las respuestas a esta cuestión, por otra parte, conducen hacia las distintas orientaciones que el paradigma presenta, según donde se ponga el énfasis a la hora de dar cuenta del por qué de la formación de un movimiento. Aunque el término “teoría de la movilización de recursos” parece hacer referencia a un cuerpo teórico unitario, en realidad alude a distintas versiones que comparten una serie de presupuestos, pero que se diferencian entre sí, básicamente, en el objeto de estudio que eligen para resolver la cuestión del origen y formación de los movimientos sociales.

A partir de las síntesis elaboradas por Jenkins (1994[1983]:7) y Cohen (1985:675), los presupuestos comunes a las diversas orientaciones de la TMR que explican su inclusión en un mismo paradigma son:

1. Racionalidad de la acción colectiva llevada a cabo por los movimientos, en base a cálculos de costes y beneficios.
2. No hay diferenciación entre acción colectiva institucional y no institucional, ya que ambas se inscriben en conflictos de intereses formados dentro de las relaciones de poder institucionalizadas.
3. Los agravios que dichos conflictos generan son elementos siempre presentes en las relaciones de poder y por tanto no pueden explicar por sí mismos la formación de movimientos sociales. Esta depende de cambios en la disponibilidad de los recursos, de la organización del grupo y del marco de oportunidades existente para la acción colectiva.
4. Las organizaciones formales y centralizadas son más eficaces a la hora de movilizar recursos y, por lo tanto, de asegurar el éxito, en el que juegan un papel importante los factores estratégicos y los procesos políticos en los que los movimientos tienen lugar.
5. El éxito de la movilización se evidencia en el reconocimiento del grupo como actor político o por el logro de beneficios materiales.

Las distintas corrientes que se han desarrollado a partir de estos presupuestos básicos, se han diferenciado entre ellas en función de la importancia que cada una ha otorgado a uno u otro de los aspectos que, según la TMR, inciden en la formación del movimiento. De esta manera, se observan dos grandes enfoques dentro de este paradigma: uno centrado en cuestiones como la organización, los recursos y la movilización y otro que pone su énfasis en lo político, en la llamada “estructura de oportunidades políticas” que permite o limita el surgimiento y desarrollo de un movimiento social dentro de un sistema político dado.

2.1. Importancia del análisis microestructural: organización, recursos y movilización

Entre los nuevos teóricos, uno de los primeros que planteó la movilización como un problema de “gestión de recursos” (resource management) fue Anthony Oberschall en *Social Conflict and Social Movement* (1973). Al señalar la importancia de aquellos en el desarrollo de los conflictos sociales, Oberschall realiza también una adaptación del modelo económico olsoniano, introduciéndolo así en el estudio de los movimientos sociales. Corrigiendo a Olson, Oberschall señala que los miembros de un movimiento no son individuos aislados, sino miembros de asociaciones y/o comunidades que configuran el contexto social en el que el individuo toma sus decisiones y que influyen en la dirección de éstas en cuanto que dichos individuos son dependientes de las recompensas y sanciones comunitarias (Pérez Ledesma, 1994:88). Estas redes de grupos solidarios son las que nutren de miembros a los grupos de protesta y no los individuos “socialmente aislados, atomizados y desarraigados” que sostenían las interpretaciones clásicas (citado en Della Porta y Diani 1999:8-9).

Una vez configurado el actor colectivo del conflicto social, Oberschall considera que “el conflicto en sus aspectos dinámicos puede ser conceptualizado desde el punto de vista de la gestión de recursos. La movilización alude a los procesos por los que un grupo descontento reúne e invierte recursos para conseguir los objetivos del grupo. El control social alude a los mismos procesos, pero desde el punto de vista del grupo que está siendo desafiado”. La racionalidad de los actores de la protesta es evidente ya que “ellos sopesan las recompensas y sanciones, costes y beneficios, que los cursos de acción alternativos representan para ellos. En situaciones de conflicto, sus preferencias e historia previa, su predisposición, tanto como la estructura del grupo y la influencia de los procesos en los que están involucrados, determinan sus elecciones” (citado en Gamson, 1990 [1975]:137).

En 1977, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, en línea con los cambios teóricos iniciados por Oberschall [11], elaboran lo que puede considerarse como la formulación más radical de la TMR en cuanto a racionalidad instrumental se refiere y donde, por primera vez, se utiliza el término resource mobilization approach.

McCarthy y Zald parten del rechazo explícito de los presupuestos que hasta entonces habían dominado en el campo de estudio de los movimientos sociales, sobre todo la importancia otorgada al descontento, los agravios o la privación como condiciones que explican el origen de cualquier movimiento social. Para estos autores, la existencia de conflictos y tensiones es algo común a toda sociedad y, por tanto, el surgimiento de la acción colectiva no puede ser explicado solamente en base a esos elementos, sino que es necesario estudiar las condiciones que transforman el descontento en movilización (McCarthy y Zald, 1977:1214-1215). Para explicar ésta y teniendo en cuenta el problema del free-rider planteado por Olson, McCarthy y Zald siguen los planteamientos ya señalados por Oberschall para el análisis de los movimientos sociales: prestar especial atención a la selección de incentivos, a los mecanismos o estructuras para la reducción de costos y a los beneficios que se esperan obtener de la acción colectiva (ibídem: 1216). A partir de estas premisas, que enfatizan el carácter racional e instrumental de la movilización y compartiendo también la idea de Oberschall sobre la necesidad de estudiar la agregación y gestión de los recursos para comprender la actividad de un movimiento social, los autores concentran su atención sobre la organización, considerada como un elemento central en la actividad de los distintos movimientos y a la que, analíticamente, separan de estos.

McCarthy y Zald conciben un movimiento social como un “conjunto de opiniones y creencias en una población que representa preferencias para cambiar algunos elementos de la estructura social y/o de la distribución de recompensas en una sociedad” o, en otras palabras, consideran los movimientos sociales como “estructuras de preferencia dirigidas hacia el cambio social” (ibídem: 1217-1218). Es con relación a esto que los autores conceptualizan lo que denominan “organización de un movimiento social” (OMS) como “una organización compleja, o formal, que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento social e intenta hacer realidad dichos objetivos” (ibídem: 1218). El conjunto de todas las OMS que tengan como objetivo la obtención de las preferencias generales de un movimiento social es denominado por los autores “industria de movimiento social” (IMS) (ibídem: 1219) y el conjunto de “todas las IMS existentes en una sociedad con independencia del movimiento social al que apoyen” es

considerado como “sector de los movimientos sociales” (SMS) (ibídem: 1220).

Esta división analítica entre los elementos que forman un movimiento social, especialmente la diferenciación entre un “movimiento social” y una IMS implica, según los autores, importantes ventajas para su estudio, entre ellas la posibilidad de centrarse explícitamente sobre el componente organizativo de la actividad, lo que permite, por otro lado, explicar el auge o caída de las IMS, que no dependen totalmente ni del tamaño de un movimiento social ni de la intensidad de las preferencias que este manifiesta (ibídem: 1219).

La centralidad otorgada por estos autores a las organizaciones se justifica en su concepción de éstas como “portadoras de los movimientos sociales” (Zald y McCarthy, 1987: 12). Son las OMS las que posibilitan la consecución de los objetivos, ya que su gestión (o “movilización”) de los recursos conlleva una serie de funciones que están dirigidas hacia el logro de las preferencias de cambio que constituyen los fines del movimiento. El punto de partida seguido por McCarthy y Zald para elaborar su propuesta teórica sobre las OMS es la idea de que éstas, como cualquier otra organización, tienen como principal objetivo su propia continuidad, ya que sólo si su existencia es asegurada, pueden perseguirse otros objetivos (McCarthy y Zald, 1977: 1226). Esta premisa se asocia también a la más explícita adscripción realizada en el trabajo de Zald y Ash (1966) en el que se señalaba la virtualidad del “análisis institucional” de Selznick dentro de la sociología de la organización [\[12\]](#). Según este enfoque, que para los autores es especialmente útil en el estudio de las OMS, las organizaciones se encuentran en un entorno variable al cual deben adaptarse y que puede implicar cambios en los objetivos y en las disposiciones internas de la organización. Además, dentro de las organizaciones, que suelen estar compuestas por distintos grupos, puede darse el conflicto con relación a la distribución del poder o los incentivos. En otras palabras, el enfoque se centra sobre el conflicto, la presión del entorno y los cambios en la viabilidad organizativa (Zald y Ash, 1987 [1966]: 122-123).

Toda OMS debe contar con recursos que le permitan trabajar en el logro de los objetivos del movimiento y, por lo tanto, debe asegurarse el flujo de recursos necesarios para su supervivencia y desarrollo dentro del contexto en el que desarrolla su actividad. En primer lugar, debe trabajar por conseguir recursos para su mantenimiento que no sean considerados prioritarios por la población, que busca cubrir antes sus necesidades básicas, por lo que puede considerarse que las OMS y el SMS de los que forman parte dependen en gran manera de recursos que se consideran escasos. En segundo lugar, el SMS debe competir por esos recursos con asociaciones voluntarias y organizaciones políticas y religiosas (McCarthy y Zald, 1977: 1224) y, por último, las OMS deben competir con el resto de las OMS de la misma IMS por los recursos disponibles, teniendo en cuenta que, ante un aumento de los recursos, es probable que surjan nuevas organizaciones e industrias que intenten captarlos (ibídem: 1225). La imagen que se dibuja a partir de estas consideraciones es, por tanto, la de un contexto eminentemente competitivo en el que OMS, IMS y SMS deben disputar con elementos externos, pero también entre ellos, para asegurar su supervivencia y la consecución de sus fines. Es sobre todo al nivel de la competencia e interacción entre organizaciones donde McCarthy y Zald han puesto un énfasis especial (Zald y McCarthy, 1987: 2).

Los movimientos sociales rara vez tienen un carácter unitario y lo que su estudio permite observar es cómo están compuestos por una variedad de OMS, vinculadas a distintos grupos de apoyo y que “compiten entre ellas por los recursos y por el liderazgo simbólico, a veces comparten instalaciones y recursos, desarrollan funciones unas veces estables y otras diferenciadas, se unen ocasionalmente en coaliciones ad hoc y también ocasionalmente se dedican con todas sus fuerzas a hacer la guerra unas contra otras” (Zald y McCarthy, 1987 [1980]: 161). En su análisis los autores parten de la idea de que la interacción entre OMS tiene una gran analogía con las relaciones entre industrias que actúan en el mercado económico (ibídem: 163), lo que permite encontrar actitudes y prácticas tanto de cooperación como de competencia dentro de las IMS. A partir de aquí y siguiendo una línea ya trazada por los teóricos de la organización, McCarthy y Zald analizan distintas cuestiones que se dan en las relaciones entre organizaciones de una IMS, utilizando un lenguaje claramente tomado de la microeconomía para señalar, por ejemplo, cómo se diferencian productos (objetivos o tácticas) para buscar una mejor posición en el mercado (ibídem: 167) o cómo las alianzas entre organizaciones que ofrecen servicios y productos similares pueden deberse a la necesidad de ser representadas por “asociaciones comerciales” en el mundo exterior (ibídem: 176).

De acuerdo con la línea de análisis seguida, McCarthy y Zald están haciendo referencia a una forma de

organización “profesional” caracterizada por: “(1) un liderazgo dedicado a tiempo completo al movimiento, con una gran proporción de recursos originados fuera del grupo agraviado que el movimiento pretende representar; (2) con una base pequeña o inexistente de miembros; (3) que intenta transmitir la imagen de ‘estar hablando para seguidores potenciales’; y (4) que intenta influir en política para esos mismos seguidores o miembros” (McCarthy y Zald, 1987 [1973]: 375). Los líderes de esta fórmula organizativa son “empresarios” cuyo efecto sobre los movimientos resulta de su habilidad en el manejo de imágenes de apoyo a través de los medios de comunicación (ibídem: 374). Los miembros, por su parte, no tienen un papel destacado en la elaboración de la política organizativa ni sobre las posiciones que la organización toma sobre los distintos asuntos, quedando su participación limitada a la contribución financiera y al apoyo en las campañas de protesta elaboradas desde la cúpula (ibídem: 378). En definitiva, la experiencia y competencia profesional parecen tener más importancia que la acción ciudadana en estas organizaciones, que entienden el uso estratégico de los medios de comunicación de masa como una herramienta propicia para promover el cambio social (ibídem: 379). Esta fórmula organizativa parece, además, que resuelve una cuestión importante para el enfoque de la “movilización de recursos”: la racionalidad atribuida, en términos de costes y beneficios, a los participantes de los movimientos sociales. Para McCarthy y Zald las organizaciones profesionales pueden ser vehículos que reduzcan los costos de una participación más gravosa que las quejas o agravios que se esperan solventar, ya que requieren de menos esfuerzo y recursos por parte de sus miembros (ibídem: 379), lo que explicaría el aumento de la movilización y, especialmente el gran “auge” de ésta a partir de los años sesenta.

Es importante señalar que, en todo momento, McCarthy y Zald reconocen explícitamente que su trabajo está centrado en los movimientos sociales surgidos en la historia más reciente de Estados Unidos (McCarthy y Zald, 1977: 1236; McCarthy y Zald, 1987: 12) y, aunque creen en su utilidad para explicar otros contextos y situaciones, su análisis está elaborado a partir de los cambios que se han producido en la moderna sociedad norteamericana, especialmente el aumento en tamaño, educación y riqueza de la clase media y el desarrollo y expansión de los medios de comunicación de masa, factores que facilitan el surgimiento de una movilización profesionalizada (Jenkins, 1994 [1983]: 16).

El papel de los recursos es también central en la teoría de McCarthy y Zald, ya que son los cambios en su accesibilidad (especialmente de cuadros dirigentes y de facilidades organizativas) los que explican la formación de los movimientos sociales (ibídem: 10). Sin embargo y, a pesar de su importancia, estos autores no definen en ningún momento lo que ellos entienden como “recursos”, limitándose a una enumeración en la que incluyen “legitimidad, dinero, medios [infraestructuras] y trabajo” (McCarthy y Zald, 1977: 1220). Como lo que explica el surgimiento de la movilización es el aumento en los recursos y, sobre todo, su acceso y gestión por parte de las OMS, la atención en este enfoque se centra sobre los individuos y grupos que real o potencialmente suministran recursos al movimiento. Los autores así distinguen entre miembros, partidarios, observadores u oponentes o entre élite y base de una OMS para analizar cuestiones como la cantidad de recursos controlados (ibídem: 1221) o el “estilo” de una OMS, diferenciando en este sentido entre una OMS clásica, que se dirige especialmente hacia los partidarios que son beneficiarios en potencia de los fines del movimiento, y una OMS profesional, que apela principalmente a los partidarios “de conciencia” que no esperan beneficiarse directamente de los logros conseguidos pero que contribuyen con el movimiento (ibídem: 1223). Desde este último punto de vista y como una aportación característica de la teoría de la movilización de recursos, cobran gran importancia tanto las contribuciones de personas ajenas a las OMS como la cooptación de recursos institucionales por parte de los movimientos sociales contemporáneos (Jenkins, 1994 [1983]: 14).

A pesar del gran giro teórico que se produce con el enfoque organizativo de la TMR y de la importancia que se reconoce desde entonces al estudio de la organización para una mejor comprensión de los movimientos sociales, la propuesta encabezada por McCarthy y Zald ha sido objeto de distintas críticas, lanzadas tanto desde fuera como desde dentro de la propia TMR [\[13\]](#). El paso del tiempo y el desarrollo, tanto teórico como empírico, del campo de estudio de los movimientos sociales ha conducido también hacia la reflexión y el reconocimiento de ciertas “lagunas” en el enfoque organizativo de la TMR. En 1992, Zald reconocía que había importantes aspectos a los que no se había prestado atención en su propuesta e incluía entre ellos “la relación entre la clase y la formación de identidad con la movilización; la oportunidad política y la estructura estatal como determinantes y límites de la movilización y de los resultados de un movimiento social; los microfundamentos del riesgo y la racionalidad; el papel de los efectos de la manifestación o la influencia de la crisis cultural en la actividad de un movimiento social” (Zald, 1992: 327). A pesar de estas ausencias, Zald también consideraba que se habían producido ciertos

avances en la tarea de hacer frente a las limitaciones de su enfoque, especialmente en cuestiones relacionadas con la “micromovilización” (ibídem: 334).

Ya en 1988 y dentro del debate sobre la incapacidad de la TMR para dar cuenta del paso desde el nivel micro (el individuo racional) al macro (la acción colectiva), McCarthy y Zald, junto a Doug McAdam, introducen en la teoría de los movimientos sociales toda una línea de investigación que se había ido desarrollando dentro de la TMR. Su rechazo a dejar entrar de nuevo condicionantes de carácter psicosocial en la explicación del surgimiento de los movimientos (Jenkins, 1994 [1983]) o a ampliar el concepto de “racional” más allá de los estrictos cálculos de costes y beneficios (Cohen, 1985), les lleva a buscar “puentes teóricos intermedios” que permitan afrontar los dos niveles de análisis (McAdam, McCarthy y Zald, 1988: 698). Partiendo de la evidencia de que existen factores estructurales que vinculan la participación individual con la actividad en los movimientos (ibídem: 707-709), desarrollan el concepto de “contexto de micromovilización” que definen como “cualquier pequeño grupo en el que los procesos de atribución colectiva son combinados con formas rudimentarias de organización para producir movilización para la acción colectiva” (ibídem: 709). Es en estos grupos donde, entre otros factores que promueven la movilización, se desarrollan los “incentivos solidarios” de los que depende la mayor parte del comportamiento social y que son definidos como “indefinidas recompensas interpersonales que se producen con la participación continuada en cualquier grupo establecido o asociación informal” (ibídem: 710). Esto hace referencia, como los mismos autores señalan, a procesos de transformación en la conciencia colectiva que preceden a la propia acción colectiva o movilización, ya se consideren “creencias generalizadas” (Smelser) o “liberación cognitiva” (McAdam) (ibídem: 713). En definitiva, los autores están reconociendo la presencia de elementos psicosociales en los estadios anteriores al reclutamiento y la movilización, lo que implica dar un cierto giro teórico a sus anteriores planteamientos basados en la racionalidad instrumental de los actores. Sin embargo y, a pesar de este reconocimiento más o menos explícito, los autores finalmente consideran que la importancia de estos contextos de micromovilización es más organizativa que psicológico social, ya que es en ellos donde se movilizan los recursos esenciales para la acción (miembros, redes de comunicación y líderes) (ibídem: 715-16).

A pesar de esta última matización, la propuesta en su conjunto debe entenderse como uno de los intentos de integración entre los distintos enfoques que se dan desde mediados de los años ochenta y que caracterizan, en gran manera, la investigación teórica sobre movimientos sociales de la siguiente década.

[Volver](#)

2.2. Enfoque del proceso político o la “estructura de oportunidades políticas”

Dentro del giro teórico que representa la TMR y en paralelo con el desarrollo del enfoque centrado en la organización y los recursos, se encuentra la versión que fija su atención en el entorno institucional y político en el que se produce la acción colectiva, especialmente en el análisis de la influencia del contexto político en la formación, supervivencia e impacto de los movimientos sociales.

A pesar de las diferencias lógicas por la elección de distintas claves analíticas, la pertenencia de ambos enfoques al marco teórico general representado por la TMR, se fundamenta en la concepción común de la acción colectiva como una actuación que surge de la interacción estratégica de los actores y que está basada esencialmente en la elaboración de cálculos sobre los costes y beneficios de emprender la acción (Cohen, 1985: 675).

Entre los primeros trabajos que tratan el contexto político como un recurso externo a tener en cuenta para la acción colectiva, se encuentran algunos estudios empíricos de carácter comparativo, como los llevados a cabo por Eisinger, Gamson, Tilly, y Piven y Cloward [14] en la primera mitad de los años setenta y en los que se introducen algunas variables que relacionan el sistema político con la acción colectiva desarrollada por los movimientos sociales. Eisinger (1973), en su comparación sobre los resultados de las protestas en 43 ciudades norteamericanas durante 1968, acuña el término “estructura de oportunidades políticas”(EOP), de gran éxito entre los seguidores de este enfoque y que viene a indicar el grado de apertura o cierre de un sistema político dado. En palabras de Eisinger “la incidencia de la protesta tiene una ligera relación con el tipo de estructura de oportunidades políticas que se dé en una ciudad; he definido éstas como una función de probabilidad que tienen los grupos de acceder al poder y de manipular el sistema político” (citado en Tilly, Tilly y Tilly, 1997 [1975]: 339-340). Por otra parte, Gamson

(1975) introduce en sus conclusiones la posibilidad de establecer alianzas con actores institucionales como medio de acceder al sistema y establece un criterio de “éxito” con el que medir los resultados de la acción colectiva (ibídem: 340) y Piven y Cloward (1977) analizan la inestabilidad electoral como un síntoma de apertura (o grieta) del sistema que puede favorecer las reivindicaciones de grupos movilizados (Della Porta y Diani, 1999: 218).

La obra de Charles Tilly merece en este punto una atención aparte. Por un lado, se sitúa entre los primeros investigadores que iniciaron, desde una posición crítica con respecto a las teorías vigentes a finales de los años sesenta, la formulación del nuevo marco teórico bajo el que se fue configurando el enfoque de la movilización de recursos y, por otro, ha sido de los pocos autores que ha desarrollado gran parte de su trabajo desde la sociología histórica, lo que supone introducir el uso de la variable temporal en un debate marcado casi exclusivamente por el análisis de movimientos sociales contemporáneos.

En sus primeros trabajos sobre la acción y la violencia colectiva [15], Tilly ya defiende una visión de ambas como extensiones o continuidades de una actividad política normal, no violenta. Para Tilly (1973) “la violencia colectiva es una de las formas más frecuentes de participación política” y ofrece algunas razones de por qué se debería abandonar la idea de que la violencia colectiva está separada de la política cotidiana: por “su éxito frecuente como táctica, su efectividad en establecer o mantener la identidad política de un grupo, su orden según unas normas, su reclutamiento frecuente de gente corriente y su tendencia a desarrollarse en cadencia con la acción política pacífica” (citado en Gamson, 1990 [1975]: 139). Según Tilly (1970), la acción colectiva está así basada en la interacción entre actores desafiantes y actores institucionales, de tal manera que la forma y magnitud de la acción colectiva “depende de una interacción entre las tácticas de los desafiantes y las prácticas coercitivas del gobierno” (ibídem: 139-140).

Esta idea de interacción es lo que marca el concepto de movimiento social manejado por los teóricos del proceso político que, básicamente, coinciden con Tilly en que un movimiento social “consiste realmente en una serie de demandas o desafíos a los poderosos en nombre de una categoría social que carece de una posición política establecida (...) la interacción entre los actores constituye la identidad y la unidad del movimiento” (Tilly, 1990 [1985]: 185) [16].

Aunque Tilly se distancia de las teorías clásicas sobre el comportamiento colectivo de forma similar a como lo hacen otros teóricos de la TMR ya vistos aquí, su originalidad y quizás mayor contribución a éste enfoque se halla no en su reconocimiento de la racionalidad y continuidad de la acción colectiva, sino en la justificación histórica que encuentra para el carácter estratégico de la acción y la violencia colectiva.

A partir de sus estudios sobre la “modernización de la acción colectiva” [17] (Jenkins, 1994 [1983]: 25) centrados en el periodo comprendido entre los siglos XVIII y XX y en especial en los casos de Francia y Gran Bretaña, Tilly demuestra la importancia del proceso político (la consolidación de los estados nacionales y el desarrollo de la política electoral) en la explicación de los cambios que se producen en los ritmos y formas de la violencia y la acción colectiva. La interpretación de Tilly cuestiona así las “teorías de desintegración” vigentes todavía a principios de los setenta (Tilly, 1997 [1975]: 14-17), según las cuales las tensiones producidas por los grandes cambios estructurales (como la industrialización y urbanización de la época estudiada por Tilly) son las que dan lugar al aumento de la violencia colectiva, al desintegrarse el control social y los lazos interpersonales (tesis de las teorías del comportamiento colectivo y de la sociedad de masas, ya mencionadas).

En el enfoque de Tilly los grandes cambios económicos y sociales tienen importancia, no como desencadenantes de la violencia colectiva, sino como transformadores de las formas que ésta toma en uno u otro momento (los “repertorios de acción”, que se ven más adelante). Donde sí encuentra Tilly un alto grado de dependencia es entre la violencia y los cambios políticos, que se influyen mutuamente. Esta interacción, elemento clave en las propuestas de Tilly (Tilly, 1978; 1990 [1985]; 1995), comienza a tener un carácter estratégico cuando la acción colectiva y la política del Estado pasan a tener un alcance nacional, cuando la primera presenta demandas al segundo y éste no puede obviarlas, teniendo por lo tanto que modificar sus propios planteamientos y respuestas o recurrir a la represión, con el coste político que ello supone en sistemas progresivamente parlamentarios y electorales. Para Tilly, “la violencia colectiva europea no fue sino un derivado de las luchas por el poder; la cantidad e índole de la violencia dependió en gran medida de las reacciones de los gobiernos a las reivindicaciones de los diferentes contendientes al poder y los contendientes activos sobresalían del resto de la población en virtud de su

grado de organización, su orientación hacia la igualdad de derechos y obligaciones y su control colectivo de recursos políticamente significativos" (1990 [1975]: 346).

En el esquema teórico desarrollado en *From Mobilization to Revolution* (1978), Tilly vincula la acción colectiva con el Estado especialmente a través de dos dimensiones: la oportunidad/amenaza para los grupos movilizados y la facilitación/represión de las autoridades (Tilly: 1978: 98-142). En esta dinámica, lo que explica la existencia, alcance o ausencia de movilización es el "costo de la acción colectiva", que aumenta por la represión o disminuye por la facilitación (ibídem: 100).

El carácter racional de la acción colectiva queda así vinculado por Tilly al surgimiento de la política a escala nacional, tanto a nivel del Estado como de las organizaciones sociales reivindicativas y en la nueva relación que se establece es donde encuentra Tilly la estrategia y la mutua influencia, es decir, la "interacción estratégica".

A partir de estas primeras e importantes aportaciones, el enfoque del proceso político se fue desarrollando y adquiriendo una caracterización propia a través de trabajos que fueron centrando sistemáticamente la atención sobre el entorno político e institucional que rodea a los movimientos sociales. Una nueva propuesta de elaboración teórica es la realizada por Sidney Tarrow (1983) [18], que integra en un mismo marco distintas variables ya utilizadas en investigaciones empíricas. Para su estudio sobre los ciclos de protesta en Italia, Tarrow consideró el grado de apertura o cierre para acceder al sistema político formal, el grado de estabilidad o inestabilidad de las alianzas políticas y la disponibilidad y postura estratégica de los aliados potenciales. Posteriormente, Tarrow añade una nueva dimensión: las divisiones en la élite o su tolerancia/intolerancia hacia la protesta (1991: 34).

Doug McAdam, otro de los principales representantes de este enfoque, aunque con el tiempo haya ido centrándose en cuestiones relacionadas con el entorno microestructural de la movilización, señala otros factores macropolíticos que inciden en la formación y evolución de los movimientos: la estructura de oportunidades políticas, las crisis políticas y situaciones de enfrentamiento en la arena política, la ausencia de represión, la imposición de agravios repentinos a la población y, en lo que ya es un acercamiento a los enfoques desarrollados en Europa, la expansión del "estado del bienestar" y la politización de la vida privada (McAdam: 1988, 128-132).

Estas dos propuestas, cercanas aunque diferentes, plantean un problema del enfoque del proceso político que ha sido señalado recientemente: la dificultad para establecer un consenso sobre las variables o indicadores más apropiados para dar cuenta de fenómenos políticos complejos (Della Porta y Diani: 1999: 10). Dejando a un lado los problemas teóricos y metodológicos que la progresiva incorporación de variables ha supuesto para la investigación (ibídem: 223-224), el problema se observa también al intentar sintetizar la evolución que ha seguido el propio enfoque. El desarrollo que se plantea aquí, por tanto, es deudor de la propuesta de Della Porta y Diani que consideran que, en general "el objetivo ha sido observar qué características estables o 'móviles' del sistema político influyen en el crecimiento de la acción política menos institucionalizada en el curso de lo que ha sido definido como ciclos de protesta (Tarrow), así como también las formas que toman estas acciones en diferentes contextos históricos (Tilly)" (ibídem: 10).

[**Volver**](#)

2.2.1. La estructura de oportunidades políticas

Como ya se ha señalado, la EOP es un concepto que ha marcado en gran manera los planteamientos teóricos que se centran en el análisis de los condicionantes políticos de la acción colectiva y, por tanto, de los movimientos sociales. En una definición reciente del término, Tarrow considera como "oportunidades políticas" a las "dimensiones consistentes (aunque no necesariamente formales o permanentes) del entorno político que proporcionan incentivos para la acción colectiva al influir sobre las expectativas de éxito o fracaso de la gente" (1998: 76-77). Explícita o implícitamente Tarrow hace referencia aquí a los distintos elementos que han llamado la atención de los investigadores. En un nivel más general se hace referencia a la oportunidad de la acción, al "cuando", según el propio Tarrow, que depende del grado de apertura o cierre del sistema político con respecto a presiones no institucionalizadas que le llegan de fuera. A un nivel más concreto, sin embargo, esa oportunidad está marcada no sólo por los factores más

estables del sistema (la estructura institucional formal del Estado) sino también por otros menos estables que influyen en el grado de apertura o cierre de las estructuras más formales. Mientras que los primeros afectan a la estrategia y expectativas de los movimientos sociales a largo plazo, los segundos les afectan en las estrategias y actividad más inmediatas.

Entre los autores que se han preocupado por los factores más estructurales del Estado que afectan a los movimientos sociales se encuentra Hanspeter Kriesi. Para este autor, hay cuatro factores en la estructura institucional de un Estado que permiten medir el grado de “acceso formal” o apertura de un sistema a la influencia de los movimientos sociales (Kriesi, 1992: 120-123):

- grado de centralización territorial: a mayor descentralización, mayor grado de acceso formal, al multiplicarse los posibles puntos de acceso al sistema a nivel nacional, regional y local. Cabe esperar, por tanto, que los países con sistemas federales sean más receptivos que los centralistas a incorporar las demandas de los movimientos sociales.

- grado de concentración funcional del poder estatal: a mayor separación entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, mayor será el grado de acceso formal, especialmente si los poderes legislativo y judicial tienen un alto grado de independencia frente al ejecutivo.

- coherencia de la administración pública: cuanto mayor sea el grado de coherencia, coordinación interna y profesionalización de la administración pública, menor será el grado de acceso formal. Este factor parece relacionarse con el grado de centralización, ya que una administración fragmentada (descentralizada y por lo tanto menos coordinada) aumenta los puntos de acceso al sistema.

- grado de institucionalización de los procedimientos democráticos directos: la posibilidad normalizada de realizar referendos o iniciativas populares aumenta las posibilidades de acceso desde fuera del sistema.

Según Kriesi, estos cuatro aspectos de la estructura institucional permiten distinguir entre “estados abiertos y cerrados”, pero el autor introduce también la distinción entre “estados fuertes y débiles”, entendiendo por fortaleza la capacidad de un Estado de tomar decisiones y de llevarlas efectivamente a cabo. Así, un Estado fuerte será centralizado, concentrado, coherente y sin procedimientos democráticos directos, es decir, autónomo con respecto a su entorno y por tanto con mayor capacidad a la hora de actuar, justo lo contrario que los estados débiles, que representan así un marco más favorable para la actuación de los movimientos sociales (ibídem: 121-122).

Junto a los factores institucionales formales, Kriesi también incorpora en su propuesta otro nivel de análisis de las características estructurales de un sistema político, pero ahora de carácter informal: son lo que él denomina “procedimientos informales y estrategias dominantes” que condicionan, junto a la estructura formal, la postura general de las autoridades respecto a los desafíos de los movimientos sociales. Como “estrategia dominante” se consideran “las premisas informales de procedimiento, los acuerdos implícitos o explícitos que surgen del proceso político y que sirven de pauta a las acciones de las autoridades”. El carácter estructural de estos factores deriva de su configuración a lo largo del tiempo, como una tradición que se mantiene a pesar de los cambios que puedan producirse en las estructuras más formales. La influencia de estos procedimientos y estrategias se observa en la actitud de los gobernantes frente a los desafíos planteados por los actores ajenos al sistema, que pueden ser estrategias dominantes de carácter excluyente o integrador. Sin embargo y como rasgo quizás más característico, la manera en la que se manifiestan estos factores en la toma de decisiones no es inherente a ningún tipo de estructura institucional formal, es decir, no hay una relación automática entre, por ejemplo, un estado débil y una estrategia integradora. Esto lleva a Kriesi a elaborar los marcos generales de comportamiento de las autoridades respecto a los desafíos de los movimientos sociales, a través de la combinación entre estados débiles y fuertes y estrategias excluyentes e integradoras. El resultado son cuatro posibles actitudes o marcos de comportamiento: plena exclusión, plena integración procedimental, inclusión formalista y cooptación informal (ibídem: 123-131).

Junto a los factores considerados como estables o de carácter más estructural, también se han considerado otros de características menos estables. Entre los teóricos que encuentran un mayor potencial movilizador en las dimensiones coyunturales de un sistema político, se encuentra Sidney Tarrow, que destaca cinco factores que inciden sobre la oportunidad de acción de los movimientos

sociales (1998: 76-80):

- incremento del acceso a la participación en la vida política: especialmente en la forma de celebración y participación en las elecciones en el caso de sistemas democráticos liberales. En sistemas autoritarios el incremento del acceso se pone de manifiesto a través de modos más informales.
- cambios en las coaliciones de la élite política: que se manifiestan sobre todo en la inestabilidad electoral o, por ejemplo, a través de levantamientos campesinos en el caso de sistemas autoritarios.
- disposición de aliados influyentes: los movimientos sociales parecen más dispuestos a actuar cuando tienen aliados que pueden mediar por ellos en diferentes instancias o que les prestan su apoyo frente a la opinión pública.
- división en la élite política: la existencia de conflictos en el seno de la élite política es percibida por los grupos externos al sistema como una ocasión propicia para llevar a cabo acciones colectivas de reivindicación.
- represión y facilitación: siguiendo a Tilly (1978), Tarrow considera la represión como toda acción que, llevada a cabo por otro grupo, aumenta los costos de los desafiantes para emprender la acción colectiva. En la misma línea, se ofrecen “facilidades” cuando se reducen los costos de la movilización. Para Tarrow, el desarrollo del Estado moderno ha generado tanto herramientas de represión frente a la acción popular como posibilidades para el auge de movimientos sociales.

En un enfoque que centra su atención sobre el contexto político en el que se desarrollan los distintos movimientos sociales, resultaría lógico esperar que un análisis tanto de los factores más estructurales de un sistema político, como de aquellos de carácter más coyuntural, ofreciera una visión más completa del objeto de estudio. Sin embargo, las propuestas aquí presentadas sobre la EOP, representan dos puntos de vista diferentes sobre un concepto que es central en el enfoque del proceso político y que sirven para ejemplificar el problema, ya señalado, sobre la falta de consenso que existe entre los seguidores de dicho enfoque.

Para Kriesi el concepto de “estructura de oportunidades políticas” debe dar cuenta de “esos aspectos del sistema político que determinan el desarrollo del movimiento, independientemente de la acción deliberada de los actores en cuestión”, es decir, “que los actores no pueden prever las variaciones [de la EOP] en el momento en el que emprenden la acción colectiva” (1992: 116-117). En contraste con esto, Tarrow considera que “las estructuras del Estado crean oportunidades estables, pero son las oportunidades y restricciones cambiantes las que proporcionan las aperturas que conducen a los actores pobres en recursos a comprometerse en la política de enfrentamiento” (1998: 20). Lo que subyace en y diferencia a estas dos visiones de la “estructura de oportunidades políticas” es la importante cuestión de si los cambios producidos en el sistema político deben ser o no percibidos como incentivos por los actores para que se lleve a cabo la acción colectiva [19].

Para Tarrow la percepción de la oportunidad para la acción es necesaria por distintas razones. En principio, porque es la manera de poder explicar realmente el “cuándo” de la movilización. Las estructuras más estables, cuya variación se produce de forma muy lenta, no pueden dar cuenta de la irregularidad de los movimientos sociales en cuanto a tiempo y espacio. En segundo lugar, la percepción por parte de los actores es lo que permite a Tarrow desarrollar un importante concepto del enfoque del proceso político: los ciclos de protesta. Según este autor “las oportunidades políticas son a la vez explotadas y expandidas por los movimientos sociales” (1997 [1994]: 27), las oportunidades aumentan cuando se producen los primeros enfrentamientos, ya que éstos ponen en evidencia las debilidades de las autoridades e incentivan a distintos sectores de la población, incluidos aquellos en principio no predisuestos a la movilización.

El marco teórico planteado por Tarrow destaca por novedades como las señaladas, pero también por situarse entre los teóricos que abogan por la elaboración de una síntesis integradora de las distintas corrientes teóricas. Él mismo resume su planteamiento general para el estudio de los movimientos sociales: “la gente se compromete en una política de enfrentamiento cuando los modelos de oportunidades y restricciones políticas cambian y entonces, por el empleo estratégico de un repertorio de

acción colectiva, crean nuevas oportunidades, que son usadas por otros en los ciclos de protesta que se producen. Cuando sus luchas giran alrededor de amplias divisiones de la sociedad, cuando esas luchas reúnen gente alrededor de símbolos culturales heredados y cuando pueden basarse o construir densas redes sociales y estructuras conectadas, entonces estos episodios de enfrentamiento resultan en interacciones mantenidas con oponentes, específicamente, en movimientos sociales” (1998: 19). En esta propuesta se encuentran elementos de análisis que ya han sido considerados aquí, como las redes sociales o contextos de micromovilización desarrollados por representantes de la TMR, así como algunos que se verán más adelante al tratar el enfoque de los “nuevos movimientos sociales” y su interés por la identidad o los desencadenantes estructurales de la movilización y también aspectos culturales propios de propuestas más recientes. Sin embargo, lo que se pretende destacar ahora son dos conceptos ya mencionados y característicos del enfoque del proceso político: los repertorios de acción y los ciclos de protesta.

[Volver](#)

2.2.2. Repertorios de acción y Ciclos de protesta

El concepto de “repertorios de acción”, desarrollado por Tilly es parte importante de la abarcadora y pluralista propuesta de Tarrow pero, además, ayuda a explicar la evolución de los movimientos sociales desde una perspectiva histórica.

Aunque en la literatura sobre el tema se utiliza el término “repertorios de acción” (Tarrow, 1998; Della Porta, 1999; Casquette, 1998), Tilly diferencia éstos de los “repertorios de enfrentamiento” (repertoires of contention), partiendo de la idea de que no todo objetivo colectivo supone conflicto. Así, define los “repertorios de enfrentamiento” como “los canales establecidos en los que pares de actores efectúan y reciben reivindicaciones que afectan a sus respectivos intereses” (Tilly, 1995: 43). Al margen del término empleado, lo que importa señalar es que los repertorios son productos culturales aprendidos que surgen y cobran forma a partir de confrontaciones precedentes y que, en un momento histórico dado, sólo hay un número limitado de formas de actuar colectivamente. La evolución hacia nuevas formas se produce así de manera lenta, con innovaciones en el “perímetro” (periferia) del repertorio existente (ibídem: 44) y sólo en muy raras ocasiones se produce un cambio más o menos brusco entre un repertorio y otro. La época analizada por Tilly es precisamente uno de estos momentos de gran cambio, cuando desde mediados del siglo XVIII se comienza a desarrollar la política nacional de masas en los países occidentales.

En lo que puede considerarse como un repertorio de antiguo régimen, Tilly caracteriza el del siglo XVIII como “parroquial, bifurcado y particular” (ibídem: 45). En líneas generales, era un repertorio de ámbito local, en el que la acción colectiva alcanzaba a una sola comunidad; era bifurcado porque cuando los intereses colectivos trataban de asuntos locales la acción era directa, pero si se trataba de objetivos o asuntos nacionales las demandas se dirigían al patrón o a la autoridad local, para que actuaran a manera de intermediarios frente a las autoridades nacionales y era particular porque las formas de acción o enfrentamiento cambiaban según el asunto o lugar. Este repertorio incluía entre sus distintas formas de acción los motines de subsistencia, ocupaciones de tierras, ataques contra máquinas, apropiación de cosechas, serenatas o charivaris, etc., todo ello rodeado de ceremonial y una fuerte simbología.

Aunque algunas de estas formas sobrevivieron durante el siglo XIX, perdieron su relevancia frente a las nuevas que surgieron: mítines, manifestaciones, huelgas, ocupación de edificios, etc., crearon un repertorio de carácter “cosmopolita, modular y autónomo” (ibídem: 46). Se pasó del interés estrictamente local a intereses y asuntos que afectaban a muchas comunidades; era modular porque se podía aplicar a distintos lugares o circunstancias y era autónomo porque ya no había intermediarios, sino que de forma directa los peticionarios establecían comunicación directa con los centros de poder nacionales.

Los cambios en las formas de acción entre los siglos XVIII y XIX se explican en paralelo a los profundos cambios que a nivel económico, político y social experimentaron algunos países occidentales. Para Tilly, dos son los fenómenos que marcan especialmente los cambios mencionados: la concentración de capital y la expansión del Estado (ibídem: 53). La industrialización y la subsiguiente urbanización, junto con la consolidación de los estados nacionales, cambiaron el marco de relaciones de la mayoría de la gente, el ámbito local fue trascendido por un escenario de relaciones de carácter nacional, en el que las viejas formas de protesta resultaban inadecuadas para los nuevos problemas. Las nuevas reivindicaciones

necesitaban de vehículos de mayor alcance: organizaciones complejas que superasen las limitadas fronteras de los distintos oficios y gremios, de las pequeñas comunidades y pueblos y que permitieran, junto con el nuevo repertorio de acción, tomar parte en las nuevas formas que había adquirido la lucha por el poder. Un importante resultado de todos estos cambios fue el desarrollo de una política nacional de masas en la que las relaciones entre los detentadores del poder y la gente normal cambiaron significativamente: en la nueva dialéctica, las reacciones y demandas de los segundos podían ser vinculantes en la toma de decisiones de los primeros, lo que implícitamente significa que la acción colectiva reivindicativa ha influido en la configuración de las estructuras de poder, tanto económicas como políticas (ibídem: 37).

Un último comentario sobre los repertorios de acción tiene que ver con la práctica evidencia de que actualmente se está produciendo el inicio de una nueva etapa en las formas de acción de los movimientos sociales, vinculada también a cambios estructurales económicos y políticos, pero ahora en relación con los procesos de globalización e integración económica y a la existencia de entidades políticas supranacionales, que están cambiando el sistema de relaciones surgido en el siglo XIX. Unido a esto, el desarrollo de los medios de comunicación y, en especial de Internet, tienen un alto potencial transformador en cuanto a la capacidad de información e intervención de los movimientos sociales (Della Porta y Diani, 1999: 173). Sin duda se abre una nueva etapa también en las agendas de investigación de este área de estudio, que tendrá que dirigir parte de sus estudios a analizar los profundos cambios que está contemplando la sociedad de hoy y en la que surgen nuevos repertorios marcados en gran medida por la internacionalización, tanto de las campañas de protesta como de los propios movimientos sociales.

Otro concepto importante en el estudio de los movimientos sociales, característico del enfoque el proceso político y de gran utilidad para analizar la evolución en el tiempo de los movimientos es el de “ciclos de protesta” desarrollado por Tarrow (1991; 1998) [20] y definido por éste como “una fase de intensificación de los conflictos en el sistema social: con una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un rápido ritmo de innovación en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de información e interacción intensificadas entre disidentes y autoridades. Dicho enfrentamiento generalizado produce externalidades que dan a los desafiantes al menos una ventaja temporal y les permite superar las debilidades en sus recursos base. Requiere que los estados ideen amplias estrategias de respuesta que son o represivas o facilitativas, o una combinación de las dos. Y produce resultados generales que son más que la suma de las consecuencias de un agregado de eventos desconectados” (Tarrow, 1998: 142).

En definitiva, lo que Tarrow propone es que la movilización reivindicativa iniciada por una pequeña “vanguardia” que ha percibido un cambio en la EOP, se expande a otros grupos que ven a su vez como sus propias oportunidades aumentan por la acción ya emprendida, es decir, que el coste para ellos disminuye, iniciándose así un ciclo de protesta de contornos (duración, intensidad, difusión entre la población, etc.) y consecuencias no previsibles. A pesar de esto último, Tarrow señala algunas características comunes que pueden apreciarse en los ciclos de protesta (ibídem: 144-147):

- aumento y difusión del conflicto con relación a lo que es habitual antes o después del ciclo, y que se explica por el “efecto demostrativo” de la acción colectiva por parte de los primeros movilizados, lo que desencadena una serie de “procesos de difusión, extensión, imitación y reacción” entre grupos normalmente desmovilizados y con pocos recursos para embarcarse en la acción colectiva.
- cambios en los repertorios y marcos de acción colectiva, debido a la concepción de Tarrow de los ciclos como “crisoles” en los que surgen nuevas formas de actuación colectiva y donde se ponen a prueba nuevos marcos de significado y estructuras culturales que, surgidas en principio como justificación de la acción colectiva, pueden después extenderse y pasar a formar parte de la cultura política.
- aparición de nuevas organizaciones y radicalización de las ya existentes, como resultado de la competencia por conseguir el apoyo de los seguidores
- incremento de información y de interacción entre los grupos movilizados y entre éstos y las autoridades, hasta el punto de poderse formar extrañas alianzas, especialmente entre grupos con distinto nivel de radicalidad, cuyas disputas sobre las tácticas a seguir pueden ser un elemento clave en el ocaso de los

movimientos.

Junto a las características comunes que pueden apreciarse en las etapas de mayor intensificación del enfrentamiento, Tarrow también analiza la fase de declive o desmovilización y propone tres procesos que parecen ser recurrentes en los ciclos de protesta por él estudiados (ibídem: 147-150) [\[21\]](#):

- agotamiento y polarización: el cansancio producido por una intensa movilización, unido al riesgo y los costes personales y, muy a menudo a la desilusión, es probablemente la principal causa de que descienda la participación y se inicie el declive del ciclo de protesta. Sin embargo, ésta no es igual en todos los sectores del movimiento: mientras que unos, los menos implicados y más moderados en sus acciones, encuentran razones para desistir, otros, más militantes y comprometidos con los fines del movimiento, son más proclives a radicalizarse y a apoyar el enfrentamiento violento. Como consecuencia, se suele producir la división del liderazgo y la polarización entre quienes están dispuestos a llegar a un compromiso con las autoridades y aquellos que quieren mantener el enfrentamiento.

- violencia e institucionalización: mientras que los líderes moderados institucionalizan sus tácticas para mantener el apoyo de gran parte de seguidores, el sector más radical emplea tácticas de enfrentamiento para ganar el apoyo de los más militantes e impedir los logros de los primeros.

- facilitación y represión, que corresponden a las reacciones de las autoridades del Estado. Mientras que en los siglos pasados se solían utilizar formas extremas de represión, en los ciclos contemporáneos es más común emplear una facilitación selectiva para los objetivos de algunos grupos y una represión selectiva para otros. Cuando esta política coincide con el descenso del apoyo y el surgimiento de facciones dentro de un movimiento, se suelen agudizar las posiciones de los sectores enfrentados y producir, en caso extremo, terrorismo.

A pesar de estas líneas maestras trazadas por Tarrow, una conclusión del propio autor es que el fin de un ciclo de protesta nunca es tan uniforme como su comienzo, debido especialmente al incremento y variedad de interacciones que se producen en su desarrollo, lo que lleva hacia diferentes direcciones en la influencia que un ciclo de protesta puede tener sobre el proceso político de un país (ibídem: 160). La tendencia general, sin embargo, en el caso de estados democráticos que experimentan un ciclo de protesta, es que éste sea seguido por un ciclo de reformas, aunque esto ya forma parte de la atención que presta Tarrow a la cuestión de los resultados de un movimiento social dentro de su propuesta de “teoría integral”.

Un último comentario sobre el enfoque del proceso político tiene que ver precisamente con el carácter integrador de los últimos trabajos de Tarrow. Como ya se mencionó para los teóricos de la TMR, se observa una inquietud general por parte de los estudiosos de los movimientos sociales de cubrir lagunas o vacíos presentes en sus respectivos enfoques. En el caso del enfoque político, las principales críticas que se le han dirigido tienen que ver con la poca atención que se ha prestado al hecho de que los movimientos sociales surgidos en los sesenta y setenta (ecologista, feminista, etc.) no parecen medirse tanto en términos de “luchas de poder” como en torno a cuestiones de identidad y de innovación cultural (Cohen, 1985; Melucci, 1985).

En definitiva, podría decirse que los enfoques racionalistas, basados en el carácter estratégico de la acción colectiva y en el análisis de los recursos, ya sean internos o externos, no han dado explicación a importantes cuestiones del estudio de los movimientos sociales, especialmente las relacionadas con los determinantes que llevan a los individuos a movilizarse o, también, la influencia de los movimientos sociales sobre los estilos de vida o hábitos culturales de una sociedad (Casquette, 1998).

El esquema propuesto por Tarrow (1998) o la introducción de Tilly en sus trabajos más recientes de elementos como las creencias compartidas y la identidad como variables explicativas de la lucha popular (1995: 22), deben también relacionarse, por tanto, con el acercamiento entre teorías que se produce a partir de mediados de los años ochenta a través de reuniones internacionales y que han llevado, a lo largo de los años noventa, a la elaboración de propuestas de talante integrador.

[Volver](#)

3. “NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES” O PARADIGMA DE LA IDENTIDAD

Mientras que en Estados Unidos la investigación sociológica sobre los movimientos sociales se centraba en el estudio de elementos microestructurales que facilitan la movilización, en especial la organización y los recursos, o en la estrecha relación entre el proceso político y la acción colectiva, en Europa la reacción académica frente a la ola de movimientos sociales surgidos a finales de los sesenta se dirigió hacia la explicación de los desencadenantes macroestructurales, con especial énfasis en el cambio social que se inició tras la II Guerra Mundial en los estados llamados “del bienestar”. En parte como una evolución lógica del nuevo modelo social formulado, los teóricos europeos también se centraron en el proceso de construcción de identidades colectivas que, fue su propuesta, son necesarias para explicar las motivaciones individuales para emprender la acción, más allá de los estrechos cálculos racionalistas defendidos por los teóricos norteamericanos.

Junto a la diferencia marcada por el énfasis estructural de los europeos, un segundo motivo de distanciamiento entre los dos modelos fue la insistencia de aquellos en la “novedad” que representaban los movimientos sociales surgidos en los sesenta y setenta con respecto a los tradicionales del periodo anterior y, en concreto, con el movimiento obrero. Si la respuesta teórica norteamericana se había dirigido especialmente contra el estructural-funcionalismo de Smelser y su explicación de la existencia de tensiones en la sociedad como desencadenantes de la movilización, en el caso de los teóricos europeos su crítica cuestionó especialmente la tradición marxista, que interpretaba la acción colectiva en clave de lucha de clases, en la que los principales actores eran las fuerzas productivas, es decir, capital y mano de obra [22]. Los nuevos movimientos sociales rompían con esa visión desde el momento en que presentaban en sus bases a grupos sociales en su mayoría alejados de la clase obrera y también en cuanto a sus objetivos y formas de organización y acción.

Resulta interesante señalar que, aun cuando este enfoque teórico se desarrolla exclusivamente en torno a los movimientos sociales surgidos desde los años sesenta en las sociedades avanzadas (de ahí su denominación de “teoría de los nuevos movimientos sociales”, NMS), sus planteamientos ahondan en la línea ya trazada por los trabajos de Tilly. La visión de los NMS como la forma de protesta específica de las sociedades postindustriales remite al análisis iniciado por Tilly sobre la modernización de la acción colectiva y el cambio desde formas “de antiguo régimen” a la acción colectiva moderna, característica de las sociedades industriales. Lo que ambos planteamientos “estructurales” consideran es que cada estructura social produce una forma más o menos concreta de acción colectiva y que, en cualquier caso, es necesario analizar el orden social y político en el que se dan los movimientos para mejor comprender éstos. Este razonamiento incluso puede servir para entender las diferencias teóricas sobre los movimientos sociales entre Europa y Estados Unidos ya que, como señalan Della Porta y Diani, a pesar de que la oleada de movimientos de los años sesenta y setenta se desarrollaron al mismo tiempo en ambos lados del Atlántico y tuvieron entre ellos un fuerte contacto, existen diferencias sustanciales entre unos y otros. Mientras que en los Estados Unidos muchas de las organizaciones surgidas durante las olas de protesta pasaron a tener rápidamente un carácter pragmático y a estructurarse, en la mayoría de los casos, como grupos de interés, en Europa los movimientos surgidos, aunque con diferencias entre unos y otros, tuvieron una mayor carga ideológica, como resultado de la cultura política y, sobre todo, por la influencia de la tradición reivindicativa del movimiento obrero (Della Porta y Diani, 1999: 2-3) [23]. Respecto a éste último resulta también interesante señalar la diferente trayectoria que siguió en los dos continentes ya que, mientras en Europa se desarrolló sobre todo en organizaciones sindicales de ámbito nacional con ideología socialista, normalmente adscritas a partidos políticos, en Estados Unidos el movimiento obrero, mucho menos ideologizado, se desarrolló en organizaciones de ámbito local que defendían los intereses profesionales de sus miembros, con filiales en los distintos estados, pero sin ninguna adscripción política.

A pesar de la existencia en Europa de influencias más o menos directas, lo cierto es que los defensores del nuevo enfoque han elaborado su discurso sobre la “novedad” enfrentando analíticamente al movimiento obrero, paradigma de la acción colectiva de la sociedad industrial, con los NMS, que ponen de manifiesto tanto los cambios estructurales que se han producido como su formulación en una nueva sociedad, considerada postindustrial.

Desde el surgimiento en el siglo XIX del movimiento social moderno caracterizado por Tilly, el movimiento obrero ha sido, hasta fechas recientes, el de mayor desarrollo y trascendencia, hasta el punto de abarcar,

en la mayoría de la literatura sobre la época, todo el concepto de movimiento social. Siguiendo a Tilly, los movimientos sociales de la época industrial se asocian a dos procesos fundamentales: la creación de los estados nacionales y de la moderna ciudadanía dentro de sistemas políticos representativos y la llegada del capitalismo o economía de mercado. Si el primer factor puede relacionarse, especialmente en el caso de Europa, con cuestiones formales de los movimientos como la organización (de carácter complejo y alcance nacional), el segundo, la economía de mercado, tiene que ver directamente con la centralidad que tomaron los conflictos entre empresarios y trabajadores. La institucionalización de estas tensiones, junto a las producidas por el “enfrentamiento” campo-ciudad o el conflicto Iglesia-Estado, ayudaron a configurar regímenes políticos en torno a un sistema de partidos que, hasta las últimas décadas del siglo XX, ha mantenido una gran estabilidad. Dentro de este proceso la acción colectiva adoptó un modelo en el que los actores, por un lado, se definían a sí mismos en función de sus intereses ya fuera como miembros de una clase, un grupo nacional, etc. y, por otro, se enfrentaban por la defensa de intereses económicos o políticos, dentro de la lucha por el control, o de la actividad económica o del Estado (Della Porta y Diani, 1999: 26-27).

Los movimientos sociales que surgen en los setenta muestran la necesidad de plantear nuevos esquemas que expliquen la ruptura que se ha producido: los movimientos ecologista, feminista, pacifista, estudiantil, etc. no comparten el esquema anterior, la clase ya no es el eje articulador y en sus fines no hay intereses estrictamente económicos o políticos. A la pregunta de por qué se han producido estos cambios es a la que intentan dar respuesta los teóricos europeos de los movimientos sociales.

Teniendo esto en cuenta, se realiza una exposición que pretende recoger tanto los cambios estructurales como las consecuencias que, según los teóricos, han tenido dichos cambios sobre la acción colectiva, tanto a nivel de los actores, como en los valores y objetivos y, finalmente, sobre las formas de organización y acción. Tras el análisis de los principales temas tratados por los teóricos de los NMS, se propone el acercamiento a dos contribuciones importantes y a la vez representativas de la diversidad de enfoques que se han desarrollado dentro de la teoría de los NMS: por un lado, el desarrollado por Alain Touraine y su “sociología de la acción”, que sitúa los conflictos y los movimientos sociales como centro de un modelo teórico de ambición universal; por otro, las propuestas de Alberto Melucci, principal estudioso de lo que se ha dado en llamar “paradigma de la identidad”, formulado a partir de la idea de que para que se dé un movimiento social se necesita previamente la construcción de una “identidad colectiva” que de sentido a la acción.

[Volver](#)

3.1. Importancia de los factores estructurales

Como ya se ha mencionado y al igual que sucede con el enfoque de la TMR, los teóricos de los NMS tampoco representan una “escuela” teórica unitaria, sino que defienden diferentes interpretaciones en sus explicaciones sobre el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales de los setenta (Klandermans y Tarrow, 1988: 7-9). A pesar de esto y al igual que en el enfoque estratégico, hay elementos de unión que permiten incluirlos a todos bajo el mismo término de teóricos de los NMS. Si en las propuestas norteamericanas era el carácter estratégico de la acción colectiva lo que proporcionaba el principal nexo de unión, formular los nuevos movimientos sociales como la reacción a los cambios estructurales de las sociedades avanzadas será el elemento unificador de los teóricos europeos.

Dada la centralidad que adquieren los aspectos estructurales en la elaboración teórica europea sobre los movimientos contemporáneos y la variedad de asuntos tratados por los defensores de este enfoque, aquí se propone, en un intento de sistematizar los diferentes argumentos desarrollados, realizar una síntesis que recoja los principales cambios producidos en las estructuras económica, política y cultural de las sociedades industriales avanzadas.

[Volver](#)

3.1.1. Cambio económico

En las últimas décadas del siglo XX se ha producido el cambio desde una economía mundial a una economía global. Siguiendo a M. Castells, mientras que la primera ha existido en occidente al menos desde el siglo XVI e implica la movilidad de capitales desde todas partes del mundo, la economía global

es un fenómeno totalmente nuevo que se explica por el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación y que se caracteriza por su “capacidad de trabajar como una unidad en tiempo real en una escala planetaria”, es decir, que “el capital se mueve las veinticuatro horas en mercados financieros globalmente integrados trabajando en tiempo real” (Castells, 1999 [1996]: 92-93). En esta nueva economía, la productividad y la competitividad, asociadas al progreso económico, dependen de la capacidad para generar, procesar y aplicar eficientemente la información basada en el conocimiento (ibídem: 66).

Aunque este profundo cambio podría explicar por sí mismo todas las transformaciones que se han dado en el ámbito de la producción y de los mercados de capital y financieros, para poder comprender en qué manera ha afectado a la sociedad en su conjunto es conveniente prestar una atención especial a los cambios que se han producido en la esfera del trabajo y del empleo.

El desarrollo tecnológico en general ha influido para que se produzca un cambio en la importancia de los diferentes sectores productivos, de tal manera que el sector industrial, protagonista económico de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX en las sociedades industrializadas, ha dado paso a un cada vez más pujante y diversificado sector servicios. Siguiendo la clasificación hecha por Castells, en concreto serían los “servicios productores” (proveedores de información y apoyo para el incremento de la productividad y eficacia de las empresas) y los “servicios sociales” (promovidos por el Estado especialmente en las esferas de la educación, la salud y la atención) los principales sectores de crecimiento en las sociedades postindustriales, en detrimento del trabajo industrial o manufacturero (ibídem: 208-220).

La importancia del sector de servicios sociales se explica por el creciente papel asumido por el Estado en los países occidentales a partir de la II Guerra Mundial con la configuración del “estado de bienestar” y la implementación de políticas destinadas a cubrir áreas que hasta entonces se habían considerado pertenecientes a la esfera privada. Estos mecanismos de redistribución, sin embargo, también implican, junto al apoyo prestado a los ciudadanos, un creciente control del Estado sobre aspectos que previamente habían estado regulados de forma autónoma por los individuos, como la salud o la educación, ahora establecidos a través de sistemas fuertemente estandarizados.

Por otra parte, la nueva distribución de los sectores económicos implica, lógicamente, cambios en la organización del trabajo industrial. Las grandes factorías y plantillas de trabajadores asociados al concepto de producción fordista de cadenas de ensamblaje, han dado paso, por el creciente desarrollo de las tecnologías automatizadas, a fábricas de menor tamaño y a pequeños grupos de trabajo, lo que, entre otras cosas, ha supuesto la descentralización de los procesos de producción.

Esto último, a su vez, se relaciona con el cambio en las relaciones entre actividad económica y área geográfica (Della Porta y Diani, 1999: 31). Cada vez más, dichas actividades tienen un carácter transnacional, ubicándose diferentes fases del proceso de producción en áreas geográficas distintas, en función de una legislación ambiental menos estricta o de mercados laborales más favorables, condiciones que normalmente se encuentran en los países más pobres. La pobreza y densidad demográfica de estos países ha implicado, además, un fenómeno migratorio de progresiva magnitud hacia los países más ricos, que ha supuesto la formación en estas economías de un sub-proletariado de fuerte carácter étnico y, por tanto, la existencia de mayor diversidad cultural y étnica en dichas sociedades (Castells, 1999 [1996]: 234).

[Volver](#)

3.1.2. Cambio político

En el ámbito político son también importantes los cambios que se han producido en las sociedades avanzadas, aunque quizá no de manera tan radical como en el sistema económico.

Tras la II Guerra Mundial se configuró un nuevo orden que, teniendo como principales objetivos el crecimiento económico, la distribución y la seguridad (Offe, 1985: 821), tendió a combinar democracia y capitalismo en sus respectivas formas de sistema de partidos (según principios de representación territorial, competencia y representación parlamentaria) y de “economía mixta” característica del “estado

de bienestar” keynesiano (donde Estado, capital y trabajo se comprometen mutuamente para asegurar el crecimiento económico y la estabilidad social). Este modelo, aplicado sobre todo en Europa occidental, ha mostrado sus excelencias durante algunas décadas, en las que se ha producido un fuerte desarrollo económico, con mejoras considerables en el nivel de vida de la población europea y una estabilidad política y social sólo rota a finales de los años sesenta, cuando se observan los primeros síntomas de la crisis económica de los setenta y se produce el surgimiento de los nuevos movimientos sociales.

La crisis del “estado de bienestar” implica, sobre todo, la ruptura del consenso que se había establecido a partir de 1945. Cuando a finales de los sesenta empieza a hacerse evidente la incapacidad de los distintos Estados para mantener el crecimiento económico y asegurar el pleno empleo y, por tanto, la dificultad para ejecutar las políticas sociales destinadas a garantizar determinados niveles de bienestar a través de servicios como la educación, la sanidad, la seguridad o las pensiones, lo que comienza a ponerse en cuestión es el propio papel del Estado. En síntesis, son dos los frentes (distantes políticamente entre sí pero paradójicamente cercanos en sus conclusiones) desde los que se lleva a cabo el ataque: por un lado, los nuevos movimientos sociales, que ponen de manifiesto la crisis de los partidos políticos en cuanto a su papel de intermediación entre la sociedad y el Estado y la existencia de otros espacios y otros actores y que, además, ejemplifican en gran medida los cambios culturales derivados de los niveles de bienestar alcanzados; por otro lado, retornan con fuerza los planteamientos económicos liberales que reclaman la vuelta a una pura economía de mercado en la que no se controle la demanda, justificando aquella en el “fracaso” del Estado protector. Ambas tendencias, aunque con una base ideológica distinta[24], reclaman la reducción del Estado: en el caso de los movimientos sociales, por su injerencia en la esfera privada o su incapacidad para frenar los efectos adversos de la modernización; en el caso del neoliberalismo, por su participación en la gestión económica.

Otra dimensión del cambio político que se produce en la segunda mitad del siglo XX es la vinculada a la pérdida de soberanía del Estado. Desde la formación de los estados nacionales en el siglo XIX la soberanía, entendida en sentido amplio como una gran libertad de acción por parte del Estado, dentro de unos límites territoriales, ha disminuido o, cuanto menos, se ha debilitado. La globalización de la economía, la difusión de los medios de comunicación de masas, la interdependencia entre estados y la emergencia de organismos de soberanía supranacional han influido en la capacidad de los estados para regular el comportamiento social dentro de sus fronteras y ha producido cambios en la formación de actores colectivos, como es el caso de las minorías étnicas o nacionalistas de los países europeos, que han percibido nuevas oportunidades para la movilización a través del proceso de integración supranacional llevado a cabo (Della Porta y Diani, 1999: 34-35). En cualquier caso, parece que el concepto clásico de Estado como entidad en cierto modo cerrada, cuyos intercambios y relaciones internas son mucho más intensas que sus actividades interestatales, va pasando a la historia conforme van surgiendo nuevas formas de colaboración e integración entre naciones.

[Volver](#)

3.1.3. Cambio cultural

A los cambios económicos, tecnológicos y políticos señalados hasta ahora cabe añadir también el cambio cultural como parte del proceso de transformación que afecta a las sociedades industriales avanzadas desde hace décadas.

Considerando la cultura como “un sistema de actitudes, valores y conocimientos ampliamente compartidos en el seno de una sociedad transmitidos de generación en generación” (Inglehart, 1991: 5), no parece difícil establecer, aún a través de la mera observación, que las sociedades occidentales han cambiado mucho en un, relativamente, corto periodo de tiempo. Este periodo, sin embargo, comienza en momentos diferentes según la perspectiva teórica que se tome en el estudio de los movimientos sociales. Si se siguen los argumentos de Tilly, ya vistos aquí, el cambio cultural se produce como resultado del proceso de modernización económica y política que supuso la asunción del capitalismo y la formación de los estados nacionales en los países occidentales. La industrialización y la urbanización, especialmente, supusieron un gran cambio en las formas de vida y en los esquemas mentales de una enorme cantidad de gente. Las instituciones tradicionales básicas como la familia, la comunidad, la religión, etc., se vieron fuertemente alteradas y, en consecuencia, progresivamente se adoptaron nuevas formas de interrelación

social con nuevos significados que, sin sustituir totalmente a las anteriores, se adecuaban mejor a las nuevas formas de organización generadas por la producción capitalista y la dominación legal burocrática (Habermas, 1987 [1981]: 455). Lo que se produjo fue, en términos del propio Habermas, una creciente diferenciación entre el mundo de la vida o mundo vital (life world) y el sistema (compuesto por los subsistemas Economía y Estado) y la subsiguiente “colonización” del primero por el segundo: “la esfera de la vida privada y la esfera de la opinión pública representan ámbitos (...) que no están regulados sistémicamente, es decir, que no vienen regulados a través de medios de control (...) Los actores, al asumir los papeles de trabajador y de cliente de la administración pública, se desligan de los contextos del mundo de la vida y adaptan su comportamiento a ámbitos de acción formalmente organizados” (ibídem: 452-453). A este “proceso de abstracción” que es la colonización del mundo de la vida, corresponderían los cambios en las formas de acción colectiva señalados por Tilly para el siglo XIX.

En contraste con Tilly, que considera que la “modernización” de las formas de acción es válida para dar cuenta también de los movimientos surgidos a partir de los años setenta, los teóricos europeos de los nuevos movimientos sociales consideran que lo que éstos representan es el desafío a una nueva etapa del proceso señalado por Habermas, que se inicia en Europa occidental tras el final de la II Guerra Mundial [25]. Para estos autores, sólo es a partir de entonces que los vínculos tradicionales de clase, familia y religión se quiebran realmente en las sociedades industriales avanzadas, sólo entonces cuando los lazos que sujetaban al individuo a su entorno social inmediato se rompen, para dar paso a un alto grado de individualismo que, sin embargo, no conlleva la emancipación ni la liberación de todo tipo de control. De las viejas dependencias se pasa a otras nuevas, fijadas ahora estructuralmente, ya sea a través de decisiones tomadas por “grandes y anónimos actores corporativos”, ya por “riesgos nuevos e invisibles” como la radioactividad o el SIDA (Kriesi, 1988: 356). Al desafío de estos nuevos condicionantes es a lo que los NMS hacen frente y lo hacen desde presupuestos distintos a los desarrollados por el movimiento obrero, modelo protagonista de la acción colectiva en la etapa anterior. Los NMS, para sus teóricos, ejemplifican el cambio cultural producido en las sociedades industriales avanzadas, caracterizado, entre otros aspectos, por el paso desde valores materialistas a valores de carácter “postmaterialista”, es decir, de la preocupación por la seguridad física o los recursos de primera necesidad al “énfasis en la autoexpresión, el sentimiento de pertenencia a la comunidad y la calidad de vida” (Inglehart, 1991: 59).

[Volver](#)

3.2. Los “nuevos movimientos sociales”

En líneas generales, el proceso de transformación estructural aquí esbozado es el que, siguiendo a los teóricos europeos, enmarca el fenómeno de cambio social del que son representativos los llamados “nuevos movimientos sociales”. Todos esos cambios pueden considerarse como el punto de partida para los distintos análisis e interpretaciones realizadas, sin embargo y, como ya se señaló, los estudiosos europeos han puesto su énfasis en distintas dimensiones de los movimientos sociales. En general, el interés para mostrar los cambios producidos en la acción colectiva actual ha estado dirigido al estudio de los actores, los valores y objetivos y las formas de organización y acción.

[Volver](#)

3.2.1. Actores

Entre los principales argumentos que se han elaborado sobre la “novedad” de los movimientos sociales contemporáneos se encuentra el basado en la identificación de los actores participantes en la movilización que, a diferencia de actores colectivos anteriores, no se vinculan en su definición con códigos políticos o socioeconómicos preestablecidos de ideología o clase, sino que lo hacen con relación a los propios planteamientos del movimiento en función del sexo, edad, etc. (movimiento feminista, estudiantil, etc.) o en base a reclamaciones que abarcan a todo el género humano (movimientos pacifista y ecológico) (Offe, 1988: 180-181). Esto, sin embargo, no implica la existencia de una base social de los movimientos indiferenciada en términos de clase o exenta de condicionantes ideológicos, sino que, simplemente, no son éstos los determinantes que llevan a la movilización, en contraposición especialmente con el movimiento obrero.

Buscando ubicar la base social de los NMS dentro de la estructura social, los teóricos han identificado tres sectores de ésta en los que se encuentra el principal potencial de reclutamiento y de movilización. Siguiendo a Offe en su exposición, estos sectores son (1988: 194-199):

a) la “nueva clase media”, núcleo principal de activistas y simpatizantes de los NMS. En gran medida, son individuos que trabajan en profesiones vinculadas con los servicios humanos (sanidad, educación y servicios sociales) y/o en el sector público o en sectores tecnológicos en los que la información es el principal recurso. Como rasgos definitorios de este grupo se consideran su relativa juventud, un alto nivel educativo, una experiencia de seguridad económica que incluye los años de formación y una ocupación laboral en el sector servicios.

Paradójicamente, teniendo en cuenta el cuestionamiento que hacen del Estado a través de los NMS, son la clase social que mejor representa los logros del Estado de bienestar (por ejemplo, en la expansión de los estudios universitarios) y del desarrollo económico que, en el caso de este nuevo grupo social, implica la percepción de seguridad, económica y física, desde los años de formación, aspecto importante para la asunción de valores “postmaterialistas” (Inglehart, 1991: 175).

b) grupos “desmercantilizados” o “periféricos”, es decir, gente al margen del mercado de trabajo o en una posición periférica respecto a él (amas de casa, estudiantes, parados, jubilados, etc.). Las principales características de estos grupos, según Offe, son, por un lado, su disponibilidad flexible de tiempo, que puede ser canalizado hacia actividades políticas y, por otro, su situación de “atrapados” en unas condiciones de vida que están “marcadas por mecanismos de supervisión, exclusión y control social directo” que impiden incluso la posibilidad de romper con esa realidad, de ahí su disposición en muchas ocasiones a participar en los desafíos “contra el régimen burocrático o patriarcal de estas instituciones”.

Esto último, sin embargo, es matizado por Alberto Melucci cuando diferencia entre “marginales opulentos” (amas de casa de clase media y, en algunos países, estudiantes universitarios) y marginales en sentido estricto (jóvenes en paro). La disposición para la movilización en cada caso sería distinta ya que, mientras los primeros se mueven en un contexto denso de redes sociales y con más o menos recursos a su alcance que facilitan la predisposición a la movilización, los segundos sólo se deciden por ésta cuando perciben un contexto favorable, como la existencia de un liderazgo fuerte o la presencia de organizaciones (Melucci, 1994 [1988]: 175-176).

c) elementos de la clase media tradicional, en concreto, trabajadores independientes y autoempleados tales como campesinos, tenderos y artesanos, cuya presencia en los NMS es más “selectiva” en cuanto responde a intereses económicos inmediatos y, por lo tanto, está condicionada a que sientan amenazado su modo de vida. De ahí su presencia, por ejemplo, en movimientos de resistencia contra grandes planes de modernización urbana o en movilizaciones ecologistas contra la construcción de centrales nucleares.

Para Offe, esta identificación de la base social de los NMS aleja a éstos de cualquier formulación que los interprete según el modelo de conflicto de clases y esto en función de tres consideraciones: primero, los NMS no representan a una clase, sino una “alianza social” compuesta de elementos que provienen de distintas clases y de grupos sociales no configurados en término de clase. Segundo, esta alianza puede abarcar virtualmente a cualquier elemento de la estructura social excepto a aquellos que participan del conflicto de clases, es decir, trabajadores industriales y élites económicas y administrativas y esto debido a la diferencia de conflicto que subyace en ambos casos. Tercero, las reivindicaciones y fines de los NMS no son algo específico de una clase sino que tienen un carácter o universalista o particularista (ibídem: 196-197).

Este vínculo que Offe establece entre el crecimiento de la “nueva clase media”, los movimientos sociales y la aparición de nuevos tipos de conflicto es, sin embargo, cuestionado por argumentos que ponen en duda que se haya configurado un nuevo conflicto de base estructural de calibre parecido al conflicto de clases característico de la sociedad industrial, argumentos que en general se basan en el estudio más detallado del papel jugado por la clase media, tanto en los nuevos como en los viejos conflictos o en la política convencional (Della Porta y Diani, 1999: 49-52).

Volver

3.2.2. Valores y objetivos

Los cambios estructurales de las sociedades avanzadas, especialmente los derivados del largo periodo de desarrollo económico, han influido también, según los teóricos de los NMS, en un cambio de valores desde los de carácter materialista a los postmaterialistas, lo que explicaría, entre otras cosas, la preocupación y surgimiento de nuevos temas políticos y el importante impulso de los nuevos movimientos sociales (Inglehart, 1991:59).

En síntesis, el cambio en el sistema de valores que se observa en amplios sectores de la población de los países más desarrollados, se debe a la percepción de seguridad, tanto económica como física, por parte de las nuevas generaciones nacidas tras la II Guerra Mundial. Esta experiencia de seguridad es un factor importante para explicar el sentido que cobran dichos valores, entendiendo estos como el reflejo de la “socialización a la que uno se ve sometido en conjunto, especialmente la que tuvo lugar a una edad temprana” (ibídem: 419). De la preocupación secular por atender las necesidades relacionadas con la supervivencia, es decir, las necesidades materiales como el mantenimiento físico o la seguridad, se da paso, en lo que es un fenómeno sin precedentes, a un periodo en el que altas cotas de población no viven en condiciones de hambre o de inseguridad económica y física. Según la tesis de Inglehart, “la prosperidad sin precedentes que prevaleció desde finales de los años cuarenta hasta principios de los años sesenta, ha llevado a un incremento sustancial en la proporción de los postmaterialistas entre las poblaciones de las sociedades industriales avanzadas” (ibídem: 65), es decir, que el cambio gradual en el sistema de valores dirigido hacia una mayor preocupación por la satisfacción intelectual y estética, la estima o la pertenencia al grupo, considerando estos como principales valores “postmaterialistas” (ibídem: 62), no se pone de manifiesto hasta que se produce el cambio intergeneracional, que vendría a coincidir y explicaría, en gran medida, la ola de movilizaciones surgida a finales de los sesenta y, sobre todo, la forma y contenido que adoptan los “nuevos movimientos sociales”.

Las nuevas prioridades se manifiestan especialmente a través de los fines y objetivos que se marcan los movimientos. En este sentido y como ya se ha mencionado, se observa un cambio desde objetivos que tienen que ver con recursos económicos o con luchas por el poder (en el sentido, por ejemplo, del reconocimiento institucional o como interlocutor del movimiento obrero) hacia planteamientos y reivindicaciones vinculados con la identidad y con la consecución de objetivos de carácter universalista.

A pesar del interés mostrado por los estudiosos europeos en los NMS, esto no significa que en la acción colectiva contemporánea no se den otro tipo de movimientos. En función de esto y teniendo en cuenta los objetivos articulados por cada movimiento (o más bien por cada “sector” de movimientos sociales, según la terminología elaborada por los teóricos de la TMR), Kriesi establece una clasificación en la que, en principio, diferencia entre movimientos (que pueden ser ofensivos o defensivos) y contramovimientos (siempre de carácter defensivo por su reacción contra al desafío que representan los movimientos), para después establecer tres tipos de movimientos o de “paradigmas”: el “paradigma de la autoridad” relacionado con el conflicto político en torno a los derechos fundamentales; el “paradigma de la distribución” con objetivos centrados en el fomento y distribución del crecimiento económico y el “paradigma del estilo de vida” al que correspondería el “tipo ideal” de NMS, con objetivos centrados en el respeto al estilo de vida de cada individuo, el derecho a ser diferente y la protección del individuo contra los nuevos riesgos derivados de la modernización (Kriesi, 1988: 358-360).

[Volver](#)

3.2.3. Formas de organización y de acción

De nuevo, como en casi todos los planteamientos y asuntos tratados por los teóricos de los NMS, también en el caso de las formas de organización y acción el análisis se lleva a cabo en contraposición con el movimiento obrero, ahondando así en el debate acerca de la “novedad” de los movimientos sociales contemporáneos y en la consideración de que sólo desde una perspectiva histórica es posible establecer si hay o no algo diferenciador en las acciones de dichos movimientos (Rucht, 1992: 221).

Tomando como punto de partida la caracterización del “movimiento social nacional” realizada por Tilly y del que el movimiento obrero sería principal representante, Dieter Rucht observa ciertas novedades en las formas de organización y acción de los NMS (ibídem: 222-226):

- aspiración de autonomía e independencia, tanto en relación a la política convencional representada por los partidos políticos como respecto a la relación de unos movimientos con otros.
- mayor importancia de las actividades locales, aunque en convivencia con la formulación de intereses a nivel nacional e internacional, sobre todo en cuestiones planteadas como de interés universal, como la energía nuclear, el desarme o la contaminación atmosférica.
- preferencia por la actividad política de base y por organizaciones reguladas por fórmulas de democracia directa. Este aspecto ha sido especialmente señalado por los teóricos de los NMS que, en algunos casos, lo consideran el principal objetivo y aporte de los movimientos sociales, en cuanto ayudan a crear un nuevo concepto de democracia con su crítica de la democracia parlamentaria (Offe, 1985).
- el cuestionamiento de los canales democráticos de representación para la intermediación y resolución de intereses también se manifiesta por un mayor uso de otras formas convencionales de participación, como es el recurso a los tribunales y la administración de justicia. Este cambio podría explicarse por la consideración de independencia que se atribuye al sistema judicial con respecto al poder político y administrativo en las democracias occidentales y también por una creciente disposición a cuestionar e impugnar lo que disponen las leyes.
- Con relación a las formas de participación no convencionales, los NMS muestran una menor predisposición hacia la violencia y un mayor recurso hacia los actos de desobediencia civil. El carácter reformista más que revolucionario de los NMS hace de la desobediencia civil un canal de protesta adecuado para la reivindicación de cuestiones concretas y específicas, cuya resolución no implica una transformación global de la sociedad. Gran parte del potencial de éxito de la desobediencia civil se encuentra en que, en gran medida, va dirigida hacia la opinión pública y ésta ejerce una gran influencia sobre los políticos y el poder, por su incapacidad para controlarla o manipularla. En este juego, los medios de comunicación de masas realzan la eficacia de la desobediencia civil ya que, por encima de la interpretación que puedan hacer de las acciones de protesta, les resulta sumamente difícil escamotear éstas a la opinión pública.
- una última diferencia sería el aumento en la cooperación y alianzas entre grupos que utilizan distintas formas de protesta, con el resultado probable de que cada movimiento amplíe la variedad de sus formas de acción, usando desde expresiones moderadas de protesta hasta la violencia.

A pesar de las peculiaridades encontradas en los NMS en su comparación con el movimiento obrero, esto no implica que tales rasgos sean compartidos en igual medida por todos los movimientos sociales actuales. De hecho, se considera que estrategias y formas de acción dependen del tipo de conflicto que subyace en cada movimiento, lo que lleva a poder identificar distintas lógicas de acción. Rucht diferencia, en concreto, dos tipos de lógica en los NMS (ibídem: 228-233):

- una lógica instrumental que implica una estrategia “orientada hacia el poder” y la preocupación por el proceso de toma de decisiones y/o la distribución del poder político. A esta lógica responderían plenamente los movimientos antinuclear, ecologista y pacifista, mientras que el movimiento estudiantil o la Nueva Izquierda mantendrían una estrategia ambivalente, es decir, unas veces instrumental y otras expresiva.
- una lógica expresiva, correspondiente a una estrategia “orientada hacia la identidad”, en la que destaca la importancia de “los códigos culturales, la conducta conforme a roles, la autorrealización, la identidad personal, etc. (ibídem: 228) y que correspondería sobre todo al movimiento feminista y al movimiento gay.

En líneas generales, lo visto hasta ahora en relación a los NMS conforma el repertorio de temas más tratados. Sin embargo, queda hacer mención de las aportaciones de dos autores que pueden ser considerados como los principales y más influyentes teóricos europeos en el campo de los movimientos sociales: Alain Touraine y Alberto Melucci, cuyos trabajos han surtido el campo de estudio de los movimientos sociales de novedad y controversia.

Volver

3.3. Alain Touraine y la sociología de la acción

Alain Touraine ha sido, entre los teóricos de los movimientos sociales, el más preocupado en identificar los conflictos que subyacen en la sociedad postindustrial o “programada”. Para entender su propuesta y el papel central que en ella tienen los movimientos sociales, es necesario conocer primero su concepto de sociedad y su interpretación sobre la etapa de desarrollo social en la que actualmente nos encontramos.

Para Touraine, el concepto de “sociedad” identifica a una colectividad que tiene capacidad para actuar sobre sí misma, para autoproducirse, sin depender para ello de leyes naturales ni de entidades superiores que la gobiernen. Esta idea básica de la “sociología de la acción” se sustenta también en la consideración de que, para que lo anterior se suceda, dicha sociedad está necesariamente dividida en dos grupos o clases sociales: la élite dirigente y los grupos dominados. La primera, impone los patrones culturales y principios morales con los que identifica sus propios intereses; los segundos, subordinados por el control de esos valores culturales impuestos, buscan acabar con esa dominación. Este es el principal conflicto que subyace en toda sociedad, el del “control social de los patrones culturales” (Touraine, 1985: 755-756). Al modelo cultural dominante en una sociedad (los patrones de conocimiento, de la economía y de la ética) aplica Touraine el concepto de “historicidad” (ibídem: 766), término mediante el que pretende expresar la idea de que los individuos son los sujetos de su propia historia.

A partir de esta idea de sociedad en la que la acción es el elemento clave, Touraine considera que, en el pasado, dicha capacidad de autoproducción ha estado limitada por los “garantes metasociales del orden social”, una serie de principios “superiores” a los que se fue llamando “orden de cosas, ley divina, ley natural o evolución histórica” (ibídem: 778). Sin embargo, a diferencia de las sociedades pasadas, la “sociedad programada” tiene una mayor capacidad para inventar sus normas, sus instituciones, sus prácticas. Las sociedades industriales eran capaces de transformar los medios de producción para inventar dispositivos mecánicos y sistemas de organización, pero la sociedad actual, la sociedad que comienza a perfilarse durante los años sesenta, crea tecnologías que son capaces de producir bienes simbólicos, lenguajes e información. Produce no solo medios de producción, sino también fines, demandas y representaciones. En una síntesis elaborada a partir de la obra que mejor recoge la aportación teórica de Touraine sobre los movimientos sociales, *La voix et le regard* (1978), Casquette señala las características principales de esa “sociedad programada”, en contraposición con sociedades anteriores como la agraria, la mercantil o la industrial (1998: 124):

1. Las principales inversiones tienen lugar en el nivel de la gestión de la producción (a diferencia de la sociedad industrial que las situaba en el de la organización del trabajo), por lo que la información se convierte en el recurso clave.
2. Es cada vez más una sociedad de producción y de cambio y no una sociedad heredada.
3. El Estado ha perdido gran parte de su influencia y de su poder y está cada vez menos unificado.

Hay que añadir que, para Touraine, la sociedad postindustrial o “programada” representa una nueva cultura cuyos componentes principales son “la investigación y el desarrollo, el procesamiento de la información, las técnicas y ciencias biomédicas y los medios de comunicación de masas” (Touraine, 1985: 781).

Con los planteamientos aquí esbozados, cabe esperar que la noción de movimientos sociales se vea fuertemente alterada en la sociología de Touraine. Para éste, la presencia de distintos y variados movimientos sociales no significa la existencia de diversos conflictos sociales, sino que son solamente signos del conflicto central que se desarrolla en torno al control de la “historicidad”. Esto significa que sólo hay dos movimientos sociales antagónicos: el de la clase dirigente compuesta por los detentadores del poder político y económico y el de la clase dominada, formado por todos aquellos que se enfrentan al control de la clase dirigente sobre los patrones culturales (ibídem: 772-775). Este conflicto central, por otra parte, se produce al margen del Estado, es decir, en el ámbito de la sociedad civil, a la que Touraine separa analíticamente de aquél, lo que, en último término, le permite definir la naturaleza de un movimiento social “sólo en términos de objetivos culturales y de conflictos entre actores ‘civiles’, sociales”. Según la conceptualización de Touraine, estos movimientos sociales “en sentido estricto” son diferentes, aunque no están completamente separados, de los “movimientos históricos” que son las “acciones

organizadas para controlar el paso desde un tipo de sociedad a otro” y que, en éste caso sí, estarían definidos sobre todo por su relación con el Estado, agente central de ese tipo de transformaciones históricas. Por último, en el complejo marco analítico de Touraine, quedaría un último “tipo de movimiento social”, según sus propios términos: los “movimientos culturales” en los que “la transformación de valores culturales juega un papel central, pero en el que el conflicto social aparece en este proceso de transformación de valores” (ibídem: 776). Se entiende, en un intento de comprensión, que mientras los movimientos sociales en sentido estricto, “luchan” por el control del modelo cultural dominante (compuesto por dimensiones políticas, económicas y éticas), los movimientos culturales desafían sobre todo los aspectos de ese modelo relacionados con los valores éticos o culturales.

Teniendo en cuenta lo anterior, resulta explicable la centralidad que adquieren los “nuevos movimientos sociales” en la teoría de Touraine. Primero, como movimientos sociales, serían una de las dos partes del conflicto central que subyace en las sociedades programadas y, en este sentido, estarían enfrentados al poder tecnocrático dominante. Segundo, estarían llamados a ser también un movimiento histórico, en cuanto que sus fines y objetivos pueden ser ejemplo del cambio que se está produciendo hacia una nueva sociedad, como en su momento sucedió con el movimiento obrero al demostrar el potencial político de la clase trabajadora. Por último, si algo caracteriza a los NMS es su desafío de valores culturales tradicionales, como puede ser, por ejemplo, el papel de la mujer en la sociedad, lo que, como en el caso del movimiento feminista, les sitúa también en la condición de movimientos culturales. Para Touraine, en la sociedad programada, el campo de los movimientos sociales se extiende a todos los aspectos de la vida social y cultural pero, a pesar de su potencialidad, debe competir con el individualismo, también característico de ésta época y el principal obstáculo para que los NMS se consoliden como las nuevas formas de vida política.

En relación a la obra de Touraine también es necesario señalar la innovación que representa su método de análisis sociológico, definido por él mismo de “intervención sociológica” y en el que “el autoanálisis de los protagonistas y la intervención del sociólogo se complementan”. El método consiste, básicamente, en la formulación de hipótesis que se presentan a un grupo movilizado en relación a su acción colectiva y sobre aquello “que cuestiona más profundamente la organización social, más allá de las reivindicaciones”. La prueba principal de las hipótesis sería la capacidad del grupo para hacerlas suyas y utilizarlas “para analizar su experiencia pasada, para comprender su situación presente y para elaborar proyectos de futuro” (Touraine, 1990: 18).

El método se basa en tres principios: 1. el estudio prolongado de un grupo de participantes activos, considerando dicho grupo como representante de un movimiento social real. 2. el autoanálisis del grupo en relación al sentido de su acción, al margen de presiones ideológicas o políticas. 3. la elaboración de hipótesis sobre “el nivel más elevado al que puede acceder la acción considerada” y su introducción en el grupo, que debe adoptarlas o no. Las hipótesis serán pertinentes si hacen más inteligible la vida del grupo y no lo serán si sólo aportan confusión o son rechazadas (ibídem: 21-22).

Para Touraine la justificación de su método deriva de la propia transformación de la sociedad y de la extensión, más allá del Estado, de los aparatos de dominación. Estos ahora también incluyen a las grandes corporaciones que se dedican a la producción de modelos de consumo y de necesidades, en definitiva, a la creación de modos de vida. Esto ha trasladado el conflicto central desde el ámbito del trabajo al campo más amplio de la cultura, lo que unido a la pérdida de referentes metasociales característicos de etapas anteriores (como el paradigma del progreso de la sociedad industrial), impide que la acción social conflictiva pueda recurrir a algo más allá de lo social para dar sentido a sus acciones, ya que éste se encuentra en su propio actuar. La Sociología sólo puede, por tanto, abordar los hechos sociales a través de los propios actores y de sus acciones portadoras de sentido, pero no como objeto de investigación, sino dirigiéndose al actor, al movimiento social, como actor que es. Lo que consigue la “intervención sociológica”, si logra demostrar la validez de las hipótesis planteadas, es precisamente “ayudar al actor a reconocerse como actor de su propia historia” (ibídem: 28-30).

La novedad que supuso la lectura hecha por Touraine del sistema social, la centralidad en él de los movimientos sociales y su propuesta metodológica fueron motivo de controversia y, así, mientras que por un lado generó críticas, por otro fue una gran influencia intelectual como, por ejemplo, en el contexto latinoamericano [26]. El resultado de esta influencia fue la publicación de numerosos trabajos en los que se otorgaba a los movimientos sociales latinoamericanos surgidos en los setenta un gran potencial

democratizador, un importante papel como actores, capaces a través de su acción de regenerar (si no sustituir) el deteriorado sistema de partidos. Esta aplicación de argumentos elaborados a partir de una realidad tan distinta como la europea, cuya crisis tenía que ver con el paso hacia un nuevo tipo de sociedad, ahora postindustrial, se tradujo en América Latina en la elaboración de una ideología que otorgaba todo protagonismo a los movimientos sociales “de base” y a las formas de democracia directa, en detrimento de la democracia representativa [27]. A pesar de la difusión que estos análisis tuvieron, a mediados de los ochenta se inicia su revisión y sobre todo, se cuestiona el uso acrítico que se hacía de las teorías europeas. La influencia de éstas, sin embargo, permanece, aunque ahora buscando y reconociendo la especificidad propia del contexto latinoamericano y, dentro de éste, de las distintas realidades nacionales.

Entre los enfoques que más presencia tienen actualmente en el campo de estudio de los movimientos sociales latinoamericanos, destaca el desarrollado en torno a la construcción de identidades colectivas, del que Alberto Melucci, es principal exponente.

[Volver](#)

3.4. Alberto Melucci y la identidad colectiva

Al igual que Touraine y el resto de teóricos europeos, Melucci parte en su análisis de los NMS de la consideración de que éstos son consecuencia o reflejo de los cambios que se han producido en la sociedad industrial en su paso hacia una sociedad “compleja” o de la información. Para Melucci, este tipo de sociedad se caracteriza por el declive de la producción material y su sustitución por la inversión y producción de información y signos culturales. Esto a su vez implica que la capacidad del sistema para organizar la vida social se extiende hacia áreas que antes habían pertenecido a la esfera privada y que ahora se ven sujetas a formas de regulación desconocidas (1989: 45). Melucci realiza una lectura de las sociedades contemporáneas similar a la efectuada por Habermas o Touraine, sin embargo, él señala una contradicción inherente a la sociedad compleja en la que ya apunta la principal inquietud que guiará su análisis de los NMS.

Las sociedades complejas se desarrollan en la paradoja, en una contradicción que afecta a su propia lógica. Por un lado, como sistemas altamente diferenciados que son, incrementan la producción y distribución de recursos que fomentan “la individuación [28], la autorrealización y la construcción autónoma de identidades personales y colectivas”. Esto se explica porque los sistemas complejos son sistemas de información y “no pueden sobrevivir sin asumir una cierta capacidad autónoma de los elementos individuales, que tienen que ser capaces de producir y recibir información”. Por otro lado, esa misma necesidad de supervivencia les hace dependientes de la integración de sus distintos elementos, por lo que “tienen que extender su control sobre los mismos recursos fundamentales que permiten su funcionamiento”. De esta manera “el poder debe afectar a la vida cotidiana, la motivación profunda de la acción individual debe ser manipulada, el proceso por el que la gente da sentido a las cosas y a su acción debe estar bajo control” (Melucci, 1985: 796). En otras palabras, mientras que por un lado, el sistema fomenta la individualización y por tanto la diferencia, por otro, presiona hacia la uniformidad en los valores y la conformidad con las normas.

Según Melucci, lo que los nuevos conflictos sociales ponen de manifiesto es esa contradicción del sistema que, por otra parte, implica un profundo cambio en el papel de los movimientos sociales y en su propia conceptualización, que debe ser redefinida. Los nuevos movimientos se implican en cuestiones que afectan al sistema de producción cultural (valores, identidad) porque éste es el más presionado en una sociedad basada en la información, ellos advierten de la profunda transformación en la lógica y funcionamiento de la sociedad y es en este sentido, que tienen una creciente “función simbólica” e incluso “profética”. Los NMS “luchan por objetivos simbólicos y culturales, por una diferente orientación y significado de la acción social (...), desafían la lógica que gobierna la producción y apropiación de recursos sociales” (ibídem: 797-798) y, en ese enfrentamiento con el sistema (que controla los recursos, su producción, distribución e intercambio y también el mundo vital o “sistema de reproducción de la vida cotidiana”), los movimientos sociales se presentan como creadores de códigos culturales alternativos a los dominantes (Melucci, 1989: 28-29).

Esto último cuestiona incluso el mismo concepto de movimiento social y nos lleva a una de las principales contribuciones de Melucci al área de estudio de los movimientos sociales. Según este autor, la acción colectiva en general y, por tanto, los movimientos sociales, han sido vistos siempre como un “dato empírico unitario”, como una “unidad” que es percibida e interpretada por el observador como algo realmente existente, en otras palabras, se ha considerado la unidad de los movimientos sociales como un dato dado de antemano (Melucci, 1985: 791; 1994 [1988]: 154). Sin embargo, tanto la acción colectiva como los movimientos, son construcciones sociales y, por tanto, su unidad, si existe, debe ser interpretada como un resultado antes que como un punto de partida (1985: 791-792; 1994 [1988]: 158). Melucci propone así una perspectiva en la que “la acción colectiva se considera el resultado de intenciones, recursos y límites, una orientación intencional construida mediante relaciones sociales desarrolladas en un sistema de oportunidades y obligaciones”, es decir, es un “sistema de acción” en el que “los individuos ‘construyen’ su acción mediante inversiones ‘organizadas’: esto es, definen en términos cognoscitivos el campo de posibilidades y límites que perciben, mientras que, al mismo tiempo, activan sus relaciones como forma de dotar de sentido a su ‘estar juntos’ y los objetivos que persiguen” (1994 [1988]: 157-158). Para comprender la acción colectiva ésta debe ser ubicada dentro de su “sistema de referencia” (o campo del sistema al que afectará la acción), pero además Melucci señala la necesidad de analizar la acción también desde sus dimensiones analíticas internas, lo que permite diferenciar entre distintos tipos de acción colectiva. En el caso de los movimientos sociales esas dimensiones serían (1985: 794-795; 1994 [1988]: 159-160):

- conflicto, definido como la oposición entre actores que compiten por recursos a los que ambos dan valor
- solidaridad, entendida como la capacidad de un actor para compartir una identidad colectiva, es decir, para reconocerse y ser reconocido como parte de la misma unidad social
- ruptura de los límites del sistema o hasta qué punto puede variar un sistema sin tener que modificar su propia estructura

Con estos elementos Melucci define “analíticamente” un movimiento social como una forma de acción (a) basada en la solidaridad, (b) comprometida en un conflicto y (c) cuyas acciones pretenden la ruptura de los límites del sistema en el que sucede la acción (1985: 795; 1989: 28).

Melucci introduce así un aspecto importante que considera no ha sido tenido en cuenta en los enfoques desarrollados hasta el momento. Su crítica se dirige tanto a la TMR y a su énfasis en las motivaciones racionales de los actores o en los aspectos medibles de la acción colectiva (enfoque del proceso político), como a la limitación que presentan los análisis centrados en los determinantes estructurales, característicos del enfoque de los NMS. Lo que ambos dejan sin observar es precisamente el nivel que explica el por qué surge un actor colectivo, en este caso un movimiento social, es decir, “el nivel intermedio relacionado con los procesos a través de los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente” (1994 [1988]: 167). En otras palabras, se ha obviado la dimensión que explica por qué se produce el paso desde la estructura a la acción: la identidad colectiva [29], considerada como “un proceso a través del cual los actores producen estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costes y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por otro lado, el fruto del reconocimiento emocional” (ibídem: 173) [30].

Para Melucci, si el objeto de estudio son los NMS, que se enfrentan al sistema por cuestiones simbólicas y culturales, incluso el propio término de movimiento social resulta inadecuado, por lo que propone el de “áreas de movimiento” (1985: 798; 1989: 60; 1994:135), ya que es ahí donde se dan los procesos que configuran una identidad colectiva. Estas “áreas” están estructuradas en “redes”, compuestas a su vez por una multiplicidad de grupos dispersos (aunque conectados a manera de circuito a través de intercambios sociales) que están sumergidos en la vida cotidiana y que funcionan a manera de “laboratorios culturales” (1989: 60). En esas áreas o redes es donde se estructura la identidad colectiva, donde se forjan los vínculos para la acción, a través de inversiones que el individuo hace para experimentar y practicar nuevos modelos culturales, nuevas formas de relación que le proporcionan perspectivas alternativas para comprender el mundo. Esto implica una novedad en las formas de organización de los movimientos contemporáneos, su carácter “auto-referencial”, en cuanto que no tienen un fin exclusivamente instrumental dirigido a la obtención de objetivos, sino que son un fin en sí mismos: “dado que la acción

colectiva está centrada sobre códigos culturales, la “forma” del movimiento es en sí misma un mensaje, un desafío simbólico a los códigos dominantes” (1985: 801; 1989: 60).

Melucci señala como principales rasgos de una red “sumergida” los siguientes (1994: 146): a) permite la pertenencia a varios grupos; b) la militancia es sólo a tiempo parcial y a corto plazo; c) requiere como condición para la participación el compromiso personal y la solidaridad afectiva. Estos rasgos no indican un carácter temporal de los NMS, ya que éstos últimos responden a conflictos permanentes en las sociedades complejas, sino que aluden a un “cambio morfológico” en la estructura de la acción colectiva. Para el autor, si los conflictos se articulan en torno a recursos simbólicos, los actores involucrados no pueden ser estables porque los “significados” a través de los cuales se crea la identificación simbólica y personal son cambiantes y, en consecuencia, los actores que desafían las contradicciones del sistema no lo hacen durante toda su vida ni pertenecen a una sola categoría social (1989: 61). Es decir, los movimientos contemporáneos son fenómenos en continuo cambio, que implican diferentes orientaciones y afectan a sectores de la estructura social que mantienen distintas capacidades para la construcción de una identidad colectiva debido al desarrollo de diferentes expectativas [31].

Análíticamente existen dos “polos” interrelacionados de acción colectiva: el de visibilidad y el de latencia. Normalmente, el estudio de los movimientos sociales se ha centrado en la fase visible de la movilización, sin tener en cuenta que en su fase latente es donde se elabora el potencial para la protesta, donde se producen los marcos alternativos de significado a través de las redes y grupos que formulan desafíos culturales alternativos en la “fábrica” de la vida diaria. Es en esta dimensión latente donde los movimientos realmente se formulan, donde se preparan para, cuando se dan circunstancias específicas, dar paso a la movilización y entrar así en la fase visible, en la que se produce el enfrentamiento con el sistema (la autoridad política) sobre determinados asuntos (ibídem: 70-73). Estas dos fases, sin embargo, son complementarias, ya que si la fase de latencia proporciona los recursos solidarios para la movilización, la fase de visibilidad, por su parte, refuerza las redes sumergidas y facilita la creación de nuevos grupos y el reclutamiento de nuevos militantes, atraídos por la movilización pública (1985: 801).

Entre las críticas que se le han hecho a Melucci se encuentra, precisamente, su mayor énfasis prestado al estado latente del movimiento, lo que le lleva a caer en el mismo reduccionismo que él censura a los teóricos del proceso político, aunque en su caso de carácter cultural.

Esta crítica se traslada de forma más general a todo el enfoque de los NMS, al que se acusa especialmente de centrarse, casi exclusivamente, en los factores estructurales, lo que le impide observar cómo se produce la movilización y qué es lo que hace que ésta continúe. Tanto el énfasis macroestructural como la atención a cuestiones de identidad y producción simbólica implican otro problema que también ha sido señalado, y es la dificultad de trasladar las hipótesis teóricas a la investigación empírica, cuestión que se hace evidente en la propia producción europea, muy limitada frente a la gran cantidad de investigaciones realizadas desde la TMR. Otro objeto, casi generalizado, de críticas, es la cuestión de la “novedad” de los movimientos sociales contemporáneos, tema que ha generado un amplio debate y numerosas investigaciones, dirigidas exclusivamente a demostrar lo inapropiado del término aplicado a los movimientos contemporáneos [32].

En general, las críticas entre teóricos de los dos enfoques han estado dirigidas a señalar mutuamente los vacíos que cada uno presentaba y que, normalmente, el otro sí atendía. Este distanciamiento, incluso enfrentamiento, hace que resulte necesario e interesante observar su siguiente fase de “acercamiento”, llevada a cabo desde mediados de los años ochenta. A la búsqueda de integración van por tanto dirigidas las siguientes líneas que, seguidas por una aproximación al nuevo enfoque de carácter constructivista, cierran este recorrido por las propuestas teóricas de la sociología de los movimientos sociales.

Volver

4. Propuestas de integración y nuevos planteamientos

Tras un largo periodo en el que la investigación sobre los movimientos sociales corrió paralela a ambos lados del Atlántico y fue mutuamente ignorada, se inicia a mediados de los años ochenta una nueva fase en la que teóricos de ambos lados promueven el acercamiento para, a partir de la colaboración, intentar establecer qué cuestiones habían sido descuidadas por ambos paradigmas. Las reflexiones que se

efectúan desde distintos puntos reconocen, más o menos explícitamente, el vacío que se observa respecto a una cuestión fundamental: la conexión entre la estructura y la acción, es decir, “cómo el potencial para los movimientos sociales que emerge desde la estructura política y social de las democracias capitalistas avanzadas se traduce en acción política y social” (Klandermans y Tarrow: 1988, 3).

Las respuestas que se elaboran tienden a cubrir ese vacío a través de “puentes” que, en general, se centran sobre ese “nivel intermedio” reclamado por Melucci, en el que se elabora entre los actores la producción de significado y la formulación de los nuevos códigos que se pondrán de manifiesto en la movilización, es decir, en donde se crean los “motivos” compartidos por todos y que explicarían en gran medida el por qué los individuos se deciden a participar en acciones que están dirigidas al logro de objetivos colectivos y, en muchos casos, solidarios.

El resultado de esta inquietud se traducirá, en parte, en la producción creciente de investigaciones y en la formulación de diferentes conceptos, así como en la introducción en el campo de los movimientos sociales de la semiótica como ciencia del significado, cuestiones que apuntan a lo que ya se considera el germen de un nuevo enfoque teórico de los movimientos sociales, aunque aún necesitado de unificación y sistematización: el enfoque constructivista, centrado en el análisis de la construcción social de la protesta y cuya incipiente unidad derivaría del común acuerdo, entre los analistas que lo siguen, en considerar que “la acción colectiva deriva de una transformación significativa en la conciencia colectiva de los actores implicados” (Klandermans, 1994: 186). Los distintos caminos seguidos para contestar a la pregunta de cómo se produce esa transformación, aunque todos giren en torno a análisis culturales de los movimientos sociales, hacen que todavía no sea posible hablar de la consolidación de una nueva teoría de los movimientos sociales.

Una cuestión que hay que destacar, tanto en relación al nuevo enfoque como a la reflexión e intentos de integración de los modelos de la TMR y NMS, es la recuperación de planteamientos, en gran parte de carácter psicosocial, que ya fueron formulados con anterioridad por los “enfoques clásicos” y contra los que, sobre todo desde la TMR, se pretendió reaccionar. Cuestiones como la importancia de las tensiones estructurales en el surgimiento de nuevas formas de relación social (teorías del comportamiento colectivo y de la sociedad de masas), la formación de identidades colectivas y de creencias compartidas (variante interaccionista del comportamiento colectivo) o el reconocimiento de la frustración como posible causa para que un individuo se movilice (teoría de la privación relativa), están presentes tanto en los enfoques más novedosos como en las propuestas de integración entre teorías. Su importancia, sin embargo, es relativa o, mejor dicho, compartida, ya que conservan su capacidad explicativa para dar cuenta de algunos aspectos de los movimientos sociales o incluso de algunos tipos de éstos, pero resultan inadecuadas para la interpretación de otros. Esto, por otro lado, puede aplicarse al resto de enfoques o conceptos, lo que adelanta una conclusión sobre el recorrido teórico aquí propuesto: en la actualidad y, en consonancia con el resto de disciplinas y campos de las ciencias sociales, no es posible pensar en la existencia de una sola teoría que, con carácter totalizador, pueda dar cuenta de la compleja realidad que representan los fenómenos de acción colectiva y, entre ellos, los movimientos sociales.

[Volver](#)

4.1. El acercamiento entre TMR y NMS

A lo largo de este recorrido por las teorías de los movimientos sociales se han ido intercalando algunos ejemplos de la autocrítica y reflexión practicada en el campo durante casi dos décadas. Lo que ahora se pretende es fijar más la atención en ese proceso y, de manera especial, en dos de las propuestas de reflexión “colectiva” dirigidas al acercamiento entre los dos modelos de interpretación más relevantes de los años setenta y ochenta [33].

Los primeros contactos “oficiales” entre los teóricos de la TMR y de los NMS se producen en 1985 y 1986, a través de dos congresos organizados por Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, editores de la obra colectiva resultado de aquellos encuentros : *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures* (1988).

En el capítulo introductorio, Klandermans y Tarrow señalan la principal inquietud de esa primera colaboración: vincular ambos enfoques a través del nivel intermedio descuidado por ambos, aquél en el

que se producen los procesos de movilización que unen los condicionantes estructurales con la acción. Dichos procesos de movilización se desarrollan “a través de redes políticas y sociales en las que los individuos y grupos están juntos en torno a objetivos comunes; a través de las oportunidades políticas que les proporcionan salidas para la acción colectiva y mediante la construcción de nuevos significados de los que emergen nuevos actores colectivos” (Klandermans y Tarrow, 1988:3). Analíticamente, estos procesos de movilización se desarrollan en cuatro fases: formación del potencial para la movilización, formación y activación de las redes de reclutamiento, activación de la motivación a participar y eliminación de las barreras para la participación, “funciones” de las que se encarga la organización del movimiento social (OMS). En estas fases es en las que se produce lo que los autores denominan la “movilización del consenso” y la “movilización de la acción”, correspondiendo el primer tipo de movilización a la etapa de la formación del potencial de movilización y dándose las dos formas de movilización en el resto de las etapas [34] (ibídem: 10-14).

El concepto clave para vincular los niveles “macro” y “micro” desarrollados por los NMS y la TMR sería el de “movilización del consenso”. Este concepto, desarrollado por Klandermans en su contribución personal a la obra, es definido como “el intento deliberado de un actor social por crear consenso entre un subconjunto de la población” (Klandermans, 1988: 175). Sería por tanto en la fase de formación del potencial para la movilización y a través del proceso de movilización del consenso donde se encuentran los componentes de carácter subjetivo, tales como agravios, sistema de creencias o ideologías, dimensiones que, explícitamente rechazadas desde los años setenta (especialmente por los teóricos norteamericanos de la TMR), vuelven así a introducirse en el campo de estudio de los movimientos sociales.

Tras este primer contacto, en que la preocupación principal es establecer un vínculo entre las dos teorías que a la vez resuelva la común laguna de ambas, se ahondará en las relaciones entre distintos estudiosos de los movimientos sociales a través de las reuniones internacionales que proliferarán en los siguientes años. El resultado de uno de estos encuentros es otra obra colectiva que, publicada en 1996, permite observar los cambios y nuevos desarrollos que se han producido en el campo de estudio de los movimientos sociales durante los últimos años.

La obra en cuestión es *Comparative perspectives on social movements: Political opportunities, mobilizing structures and cultural framings*, editada por Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald. Para estos autores, el contacto continuado y la colaboración entre teóricos ha supuesto un enriquecimiento del campo de estudio y un cambio en dos cuestiones de naturaleza metodológica. Por un lado, la confrontación de casos elaborados desde distintos contextos nacionales ha forzado a los teóricos a adoptar una visión más comparativa de los movimientos sociales y, por otro lado, el dejar a un lado el “provincialismo” teórico y estudiar otras perspectivas y enfoques, ha incidido en que halla un lenguaje teórico más “eclectico”. Todo ello influye para que “ahora sea difícil hablar de una distinta perspectiva europea o americana sobre los movimientos sociales” (McAdam, McCarthy y Zald, 1996: xii). Según estos autores, en la actualidad se trabaja desde una gran variedad de perspectivas, resultado de la gran producción teórica y empírica llevada a cabo y lo que se necesita es la elaboración de una síntesis, de una perspectiva (*synthetic perspective*) que trascienda los límites de un único enfoque teórico, para dar cuenta de los aspectos o factores más importantes a la hora de analizar la emergencia y desarrollo de los movimientos sociales y que, además, defienda el uso explícito de la comparación como mejor manera de mostrar las diferencias nacionales y las semejanzas en la dinámica de los movimientos (ibídem: 2, 17).

La justificación de reclamar dicha síntesis la encuentran los autores en el hecho de que, independientemente de la nacionalidad o de la adscripción “nominal” a una determinada tradición teórica por parte de los estudiosos, éstos dirigen su énfasis hacia las mismas tres cuestiones o factores de análisis de los movimientos sociales (ibídem: 2-7):

- 1) la estructura de oportunidades políticas y los límites para la confrontación del movimiento (*political opportunities*).
- 2) las formas de organización, tanto formales como informales, disponibles a los actores (*mobilizing structures*).
- 3) los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la

oportunidad y la acción (framing processes).

Estos tres niveles de análisis, con sus correspondientes conceptos asociados, son los elementos que McAdam, McCarthy y Zald incluyen en su propuesta para una “perspectiva sintetizadora”. Sin embargo, para poder tener una plena comprensión de las diversas dinámicas de un movimiento social, es necesario establecer las relaciones que existen entre los tres factores, cuestión que se afronta a lo largo del volumen para ofrecer un esbozo de lo que podría ser un “amplio marco analítico” para el estudio de los movimientos sociales (ibídem: 6). Lo que se propone, en definitiva, es avanzar en la investigación, dejar atrás el largo periodo dedicado, básicamente, a explicar por qué surge un movimiento social (todas las teorías han sido en esencia teorías sobre el origen de los movimientos), para adentrarse en análisis sobre el complejo mundo de las relaciones entre unas dimensiones y otras, cómo interactúan, por qué, cómo influyen unos factores en otros, cuáles son los resultados, etc.

Dado que los conceptos elegidos por los autores para señalar las dimensiones de análisis que forman parte de un movimiento social pueden parecer deudores de la investigación desarrollada en Estados Unidos, resulta apropiado señalar, brevemente, las distintas tradiciones teóricas y los diferentes autores que los han desarrollado. Esto tiene una doble finalidad. Por un lado, servirá para recordar, de manera muy breve pero sintética, el recorrido teórico que se ha realizado por los principales enfoques que han dominado, al menos hasta hace poco, el campo de estudio de los movimientos sociales y, por otro, permite introducir el “enfoque constructivista”, a través de los primeros autores que recuperan como objeto de estudio e interpretación factores de naturaleza psicosocial presentes en un movimiento social:

- Oportunidades políticas: los primeros en establecer los vínculos entre la política institucionalizada y los movimientos sociales fueron los teóricos norteamericanos del enfoque del proceso político: Tilly, McAdam y Tarrow. A partir de sus trabajos, estudiosos europeos formados en la tradición de los NMS, como Kriesi y Kitschelt, introducen una dimensión comparativa al concepto de “estructura de oportunidades políticas”. Aunque su uso del concepto busca responder a cuestiones diferentes, en ambos grupos se parte de la misma convicción: que los movimientos sociales están determinados por los límites y oportunidades políticas que se dan de forma única en el contexto nacional en el que surgen (McAdam, McCarthy y Zald, 1996: 3)[35].

- Estructuras de movilización: organizaciones, redes informales y grupos intermedios. El enfoque que mayor énfasis presta a esta dimensión es la TMR, con McCarthy y Zald como principales exponentes de la importancia otorgada a la organización del movimiento social. También el enfoque del proceso político presta atención y reconoce la importancia de las dinámicas organizativas de la acción colectiva, aunque rechazando la equiparación que hace la TMR entre movimiento social y organización formal. Autores como Tilly o McAdam mostraron a través de sus trabajos el importante papel que los grupos intermedios (familia, amigos, colegio) y las redes informales tienen en la emergencia de un movimiento social.

- Procesos de enmarcación (o de creación de marcos de referencia): situados en el famoso nivel intermedio, entre la oportunidad, la organización y la acción, el concepto hace referencia a los procesos a través de los cuales los actores elaboran los significados compartidos que dan sentido a su acción, es decir, donde se sitúan las dimensiones cognitivas o ideológicas de la acción colectiva, los elementos culturales como símbolos, creencias, valores, etc.

Entre los teóricos que, desde finales de los setenta, llaman la atención sobre el papel que las ideas o la cultura tienen en la emergencia y desarrollo de los movimientos sociales, se encuentran sobre todo representantes del enfoque de los NMS, para los que los elementos culturales presentes en los nuevos movimientos implican una ruptura con formas anteriores. Autores como Inglehart, Melucci o Touraine consideran dimensiones como la identidad, el significado o los valores y su función en los movimientos sociales. De todos ellos, como es fácil deducir por lo visto sobre su obra, será Melucci el que principalmente se incorporará a las nuevas perspectivas que analizan los movimientos como construcciones sociales, algo insistentemente reivindicado por él [36].

Aunque desde un segundo plano, teóricos del enfoque del proceso político como Gamson, Tilly y Tarrow, también reconocen el efecto que las nuevas ideas tienen sobre el surgimiento de un movimiento social pero, dentro de este enfoque, es McAdam con su concepto de “liberación cognitiva” (la transformación en la conciencia de los potenciales participantes) el que más explícitamente reconoce la importancia de

factores no racionales para que se dé la movilización.

El principal déficit en el tratamiento de dichos factores se encuentra sin duda en la TMR, como Jenkins (1983) y Cohen (1985) se encargaron pronto en señalar, al considerar que éste enfoque reduce el objeto de estudio y deja a un lado los movimientos que conllevan un “cambio personal” para centrarse exclusivamente en los que implican un “cambio institucional” (Jenkins, 1994 [1983]: 8-10). Esta carencia en la formulación de la TMR es lo que llevará tanto a la reflexión, ya comentada, de sus teóricos más representativos, como a la elaboración de nuevas herramientas conceptuales que permitan volver a introducir en la teoría de los movimientos sociales los elementos psicosociales que las teorías clásicas sí contemplaban y que habían sido excluidas del campo por las primeras (y muy influyentes) formulaciones de la TMR.

Un importante paso en este sentido son los trabajos de David A. Snow a partir de 1986, año en que publica junto a sus colaboradores un artículo donde se propone y define el concepto de “frame alignment processes” (Snow et al., 1986), con el que se pretende prestar atención a las complejas dinámicas psicosociales que llevan a la configuración de un actor colectivo y a la participación de éste en una acción de protesta.

Lo que se introduce en el estudio de los movimientos sociales con las perspectivas constructivistas son los aspectos subjetivos del comportamiento humano, el amplio y etéreo mundo de la cultura, compuesta de elementos expresivos y simbólicos como las creencias, los valores, los símbolos, las costumbres. Como se ha visto, el cambio, por lo que respecta a los movimientos sociales, viene, en parte, de la mano de los propios teóricos de los enfoques principales, pero también obedece a una tendencia más amplia que alcanza a todas las ciencias sociales y, entre ellas, a la Sociología (Corcuff: 1998).

[Volver](#)

4.2. El enfoque constructivista

La propuesta de Snow y sus colaboradores responde, por tanto, al reconocimiento compartido entre algunos teóricos norteamericanos de que el problema central en el campo de los movimientos sociales estaba en la incapacidad para explicar convenientemente el apoyo y la participación en las OMS (Snow et al., 1986: 464). Como solución, los autores plantean la necesidad de introducir consideraciones de tipo psicosocial junto a los factores organizativos y estructurales que señala la TMR como determinantes para que se dé la movilización. El concepto que proponen para vincular individuo y organización es el de “alineamiento de marcos” (frame alignment) considerado como el “enlace entre las orientaciones interpretadas del individuo y las de la OMS, de tal manera que algunos de los intereses individuales, valores y creencias, y las actividades, objetivos e ideología de la OMS sean congruentes y complementarios” (ibídem). Sin embargo, y a pesar de la importancia de este puente conceptual, el concepto que realmente puede dar idea de hacia dónde se dirigirán muchas de las investigaciones en los años siguientes es el de “frame” (marco) definido como “el esquema de interpretación que permite a los individuos localizar, percibir, identificar y etiquetar acontecimientos dentro de su mundo vital y del mundo en general. Al representar eventos o acontecimientos llenos de significado, los marcos funcionan para organizar la experiencia y orientar la acción, ya sea individual o colectiva” (Snow et al., 1986: 464).

En un trabajo posterior (publicado en el ya comentado *From Structure to Action*), Snow y Benford van más allá con sus planteamientos y desarrollan el concepto de “framing” (creación de marcos de referencia), usado para conceptualizar el “trabajo de significación” (signifying work) que realizan los movimientos sociales. Según los autores, “los movimientos funcionan como portadores y transmisores de creencias e ideas movilizantes, pero también están activamente comprometidos en la producción de significado para participantes, antagonistas y observadores (...) los movimientos pueden así ser interpretados en parte como agentes de significación (...) ellos enmarcan, o asignan significado e interpretan, sucesos y condiciones pertinentes cuyo sentido está destinado a movilizar a potenciales seguidores y miembros, a fomentar apoyo entre los espectadores y a desmovilizar a los antagonistas” (Snow y Benford, 1988: 198) o, como señalan McAdam, McCarthy y Zald, “framing” hace (o debe hacer) referencia a “los esfuerzos conscientes de grupos de gente por adaptar comprensiones compartidas del mundo y de sí mismos que legitimen y motiven la acción colectiva” (1996: 6).

Junto a ésta línea teórica desarrollada en torno al análisis de marcos, se reconoce el desarrollo de otras perspectivas que también parten de un concepto de movimiento como construcción social. Aunque casi todos han sido ya comentados, se mantiene aquí la propuesta de Klandermans sobre los enfoques o conceptos que se sitúan en una perspectiva constructivista, selección que se toma prestada a manera de recapitulación (1994: 186-189):

- proceso de liberación cognitiva, concepto propuesto por Doug McAdam para aludir a la transformación de la conciencia de los potenciales participantes de una acción colectiva. En línea con el enfoque del proceso político al que representa, McAdam considera que cuando se produce una alteración de las condiciones políticas, ésta se refleja en la actitud de los defensores del sistema con respecto a los detractores, y ese cambio en el contenido simbólico de las relaciones, hace que los que están en contra perciban que el sistema se está haciendo vulnerable ante sus ataques.
- impacto del discurso público en las identidades colectivas o la importancia de los medios de comunicación de masas para la movilización colectiva. Cuestión planteada sobre todo por Gamson, que considera que en las sociedades modernas, donde los medios de comunicación tienen un papel central, los movimientos sociales están inmersos en luchas simbólicas por el significado y las interpretaciones. Analizar el discurso y su evolución en los medios permite comprender la formación y activación del potencial de movilización de un movimiento.
- formación y movilización del consenso, aspectos desarrollados por Klandermans, tienen que ver con la convergencia de significado en diferentes momentos y niveles de la acción colectiva.
- alineamiento de marcos, elaborado por Snow y sus colaboradores, pretende describir cómo se vincula el marco cognitivo de los participantes en un movimiento con el marco ideológico de la organización del movimiento.
- identidad colectiva, considerada por Melucci como el resultado de un proceso en el que los actores se definen como grupo y desarrollan concepciones del mundo, metas y opiniones compartidas sobre el entorno y sobre las posibilidades y límites de la acción colectiva, en otras palabras, un proceso de construcción de significado localizado en las redes o grupos que conforman un movimiento social.

Para Klandermans, estos son los cinco marcos de análisis que, dentro de las teorías de los movimientos sociales, centran su interés en los aspectos simbólicos de la acción colectiva, esto es, en torno a los procesos de identificación y construcción de sentido que permiten que los actores evalúen de forma similar agravios, recursos y oportunidades para llevar a cabo una movilización colectiva. Según Klandermans, la diferencia entre ellos se encontraría en que cada uno elabora distintas partes del proceso (ibídem: 189). Sin embargo, si en lugar de tomar el concepto de “alineamiento de marcos”, que sólo conecta individuo y organización, pensamos en el de “framing processes” o procesos de enmarcación, estaríamos usando un concepto mucho más amplio en el que tienen cabida tanto el “impacto del discurso público” como la “movilización del consenso” e incluso el de “liberación cognitiva”, todos ellos afectando a actores que ya comparten una identidad colectiva. Como un marco de análisis diferente, al menos en cuanto al tipo de actor que implica inicialmente, tendríamos, por lo tanto, el proceso de construcción de identidad colectiva.

Para Hunt, Benford y Snow (1994) y Laraña (1999) éstos son los planteamientos constructivistas más influyentes en la actualidad: el centrado en los procesos de creación de marcos de referencia y el desarrollado en torno a los procesos de construcción de identidades colectivas. Para los primeros, ambas son dimensiones interconectadas en un movimiento social, ya que “la construcción de identidades, tanto si son intencionadas como si no, son inherentes a todas las actividades relacionadas con la creación de marcos de referencia en los movimientos sociales” (Hunt, Benford y Snow, 1994: 221). Para Laraña, esta interconexión posibilita la unión, en una síntesis teórica, de los que considera son los principales enfoques constructivistas (Laraña, 1999: 240).

Sin embargo, a pesar de estos intentos de reducir a un solo marco teórico los principales procesos de construcción e interpretación que se dan en un movimiento social, para otros esto sigue siendo una tarea pendiente, que debe afrontarse desde la discusión y el debate entre teóricos que trabajan desde perspectivas constructivistas o culturales. A esta inquietud responden algunas obras colectivas recientes.

Pionera en el sentido mencionado puede considerarse la obra *Frontiers in Social Movement Theory* (1992), editada por Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller. Aunque situada entre los intentos de “tender puentes” entre la TMR y los aspectos relacionados con la construcción de significado, la mayoría de los trabajos que presenta se ocupan de asuntos relacionados con la “definición del actor, el contexto social en el que se desarrollan y transforman los significados y el contenido cultural de los movimientos sociales” (Mueller, 1992: 4). La intención es “proporcionar la base para una teoría de los movimientos sociales más comprensiva, elaborada en torno a los procesos que conducen a la construcción social del mundo simbólico del actor individual, a las culturas del movimiento social y a las identidades colectivas” (ibídem: 21). A pesar de esto, el interés principal de la obra sigue siendo contrarrestar el énfasis en la racionalidad instrumental del actor característico de la TMR, pero desde la posibilidad de integración, de compromiso y síntesis entre “el marco conceptual mecanicista de la ciencia natural y la semiótica como ciencia de interpretación del significado” (ibídem: 4).

Centrada exclusivamente en la problemática constructivista se encuentra la obra colectiva *Social Movements and Culture* (1995), editada por Hank Johnston y Bert Klandermans. En ella, se trabaja en torno a cuestiones que se consideran elementales para poder establecer las bases de un marco común en el que integrar las distintas variables culturales presentes en un movimiento social. Sin embargo, más que comentar las distintas aportaciones o las líneas trazadas para la configuración de ese marco teórico unificado, lo que interesa destacar aquí son dos cuestiones planteadas en el capítulo introductorio y que ayudan a ubicar convenientemente los nuevos planteamientos de carácter cultural en el campo de estudio de los movimientos sociales. En realidad, las dos cuestiones tienen que ver con la “utilidad” de las nuevas perspectivas. Por un lado, su potencialidad para ayudar a establecer la relación entre el cambio y la estabilidad cultural en una sociedad dada, a partir de la idea de que “los movimientos surgen de lo que está culturalmente dado [es decir, de una cultura dominante de carácter estable o lentamente cambiante], pero al mismo tiempo ellos son un recurso fundamental de cambio cultural” (Johnston y Klandermans, 1995: 5). En otras palabras, y es una opinión, los análisis culturales pueden ser útiles especialmente para observar si la cultura dominante de una sociedad está cambiando y, caso de hacerlo, cuales pueden ser los rasgos de la nueva cultura que surge.

La otra cuestión se relaciona especialmente con los “límites” de este tipo de análisis o “cómo no quedarnos en la mera descripción”, es decir, con la necesidad de relacionar los factores culturales con otros ya desarrollados por los enfoques estratégicos (TMR) o estructurales (NMS), que centran su atención en el origen, desarrollo y declive de los movimientos, (ibídem: 20-24).

En definitiva, y como una conclusión que permite cerrar el recorrido hasta aquí seguido, destacando el pluralismo teórico que caracteriza en la actualidad al campo de estudio de los movimientos sociales, centremos nuestras miradas “sobre aquellas áreas donde la psicología social, los análisis estructurales y la elección racional puedan probar que son más poderosas en favor de una teoría totalizante que (finalmente), nunca podrá ser” (Johnston y Klandermans, 1995: 24).

[Volver](#)

Referencias Bibliográficas

Aguiar, Fernando (1990): “La lógica de la cooperación”, *Zona Abierta*, 54/55, 7-41

Casquette, Jesús (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao: Bakeaz

Castells, Manuel (1999): *The Information Age: Economy, Society and Culture. Volume I: The Rise of the Network Society*, Oxford: Blackwell Publishers Ltd. [1ª ed. 1996]

Cohen, Jean (1985): “Strategy or Identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements”, *Social Research*, 52(4), 663-716

Corcuff, Philippe (1998): *Las nuevas sociologías: construcciones de la realidad social*, Madrid: Alianza Editorial

Della Porta, Donatella y Diani, Mario (1999): *Social Movements: an introduction*, Oxford: Blackwell Publishers

Escobar, Arturo y Alvarez, Sonia E.(1992): *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*, Boulder, Co.: Westview Press

Fernández, Arturo (1992): *Movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires: Rei Argentina S.A./Instituto de Estudios y Acción Social

Gamson, William A.(1990): *The Strategy of Social Protest*, Belmont, California: Wadsworth Pb., 2ªed. [1ª ed. 1975]

Gusfield, Joseph (1994): "La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo" en E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 93-117

Habermas, Jürgen (1987): *Teoría de la acción comunicativa. Vol.II: Crítica de la razón funcionalista*, Madrid: Taurus [1ª ed. en alemán, 1981]

Hunt, Scott, Benford, Robert D. y Snow, David A.(1994): "Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos" en E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 221-249

Inglehart, Ronald (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid: CIS/Siglo XXI [1ª ed. en inglés, 1990]

Jenkins, J.Craig (1983): "Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements", *Annual Review of Sociology*, 9, 527-553 [Trad. esp.: "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales", *Zona Abierta*, 69 (1994), 5-49]

Johnston, Hank y Klandermans, Bert (1995): "The Cultural Analysis of Social Movements", en Johnston, H. y Klandermans, B. (eds.): *Social Movements and Culture*, London: UCL Press, 3-24

Klandermans, Bert (1988): "The Formation and Mobilization of Consensus" en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 173-196

Klandermans, Bert (1994): "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos" en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J., *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid: CIS, 183-219

Klandermans, Bert y Tarrow, Sidney (1988): "Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches" en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 1-38

Kriesi, Hanspeter (1988): "The Interdependence of Structure and Action: Some Reflections on the State of the Art" en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 349-368

Kriesi, Hanspeter (1992): "El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental" en Benedicto, J. y Reinales, F. (eds.): *Las transformaciones de lo político*, Madrid: Alianza,

Laraña, Enrique (1996): "La actualidad de los clásicos y las teorías del comportamiento colectivo", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 74, 15-43

Laraña, Enrique (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid: Alianza Editorial

- McAdam, Doug (1988): "Micromobilization Contexts and Recruitment to Activism" en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 125-154
- McAdam, Doug, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1988): "Social Movements" en SMELSER, N.J. (ed.), *Handbook of Sociology*, Beverly Hills/London: Sage, 695-737
- McAdam, Doug, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1996): *Comparative perspectives on social movements: Political opportunities, mobilizing structures and cultural framings*, Cambridge/New York: Cambridge University Press
- McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1973): "The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization" en Zald, M.N. y McCarthy, J.D., *Social Movements in an Organizational Society: collected essays*, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 1987, 337-391
- McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1977): "Resource Mobilization and social Movements: A Partial Theory", *American Journal of Sociology*, 86,6, 1212-1241
- Melucci, Alberto (1985): "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", *Social Research*, 52, 4, 789-816
- Melucci, Alberto (1988): "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 329-348 [Trad. esp.: "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", *Zona Abierta*, 69 (1994), 153-180]
- Melucci, Alberto (1989): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, London: Hutchinson Radius
- Melucci, Alberto (1994): "¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?" en E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 119-149
- Müeller, Carol McClurg (1992): "Building Social Movement Theory" en Morris, A.D. y Müller, C.M., *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven/London: Yale University Press, 3-25
- Offe, Claus (1985): "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", *Social Research*, 52, 4, 817-868
- Offe, Claus (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema
- Paramio, Ludolfo (1991): "Democracia y movimientos sociales en América Latina", *América Latina hoy*, 1, 13-17
- Pérez Ledesma, Manuel (1994): "'Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, 69, 51-120
- Rucht, Dieter (1992): "Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos sociales" en DALTON, R.J. y KUECHLER, M. (eds.): *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 219-243 (1ª ed. en inglés, 1990)
- Snow, David A., Rochford, E. Burke, Worden, Steven K. y Benford, Robert D. (1986): "Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation", *American Sociological Review*, 51, 464-481
- Snow, David A. y Benford, Robert D. (1988): "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization" en Klandermans, B., Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.), *From Structure to Action*, Greenwich: JAI Press, 197-217
- Tarrow, Sidney (1991): *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*, Western Societies Program Occasional Paper N°21 (2nd edition), Ithaca, N.Y.: Cornell University

Tarrow, Sidney (1997): Poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política, Madrid: Alianza [1ª ed. en inglés, 1994]

Tarrow, Sidney (1998): Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics, New York: Cambridge University Press, 2ª ed.

Tilly, Charles (1978): From Mobilization to Revolution, New York: McGraw-Hill Publishing Company

Tilly, Charles (1985): "Models and Realities of Popular Collective Action", Social Research, 52, 4 (1985), 717-747 [Trad. esp.: "Modelos y realidades de la acción colectiva popular", Zona Abierta, 54/55 (1990), 167-195]

Tilly, Charles (1994): "Social Movements as Historically Specific Clusters of Political Performances" Berkeley Journal of Sociology, pp.1-30 [Trad. esp.: "Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas", Sociológica, 28, 1995, 13-36]

Tilly, Charles (1995): Popular Contention in Great Britain, 1758-1834, Cambridge: Harvard University Press

Tilly, CH., Tilly, L. y Tilly, R.(1997): El siglo rebelde, 1830-1930, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza [1ª ed. en inglés, 1975]

Touraine, Alain (1985): "An Introduction to the Study of Social Movements", Social Research, 52, 4, 749-787

Touraine, Alain (1990): Movimientos sociales hoy, Barcelona, Hacer Ed.

Zald, Mayer N. (1992): "Looking Backward to Look Forward: Reflections on the Past and Future of the Resource Mobilization Research Program" en Morris, A.D. and Mueller, C.McClurg (eds.): Frontiers in Social Movement Theory, New Haven: Yale University Press, 326-348

Zald, Mayer N. y Ash, Roberta (1966): "Social Movements Organizations: Growth, Decay and Change" en Zald, M.N. y McCarthy, J.D., Social Movements in an Organizational Society: collected essays, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 1987, 121-141

Zald, Mayer N. y McCarthy, John D. (1980): "Social Movement Industries: Competition and Conflict Among SMOs" en Zald, M.N. y McCarthy, J.D., Social Movements in an Organizational Society: collected essays, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 1987, 162-180

Zald, Mayer N. y McCarthy, John D. (1987): Social Movements in an Organizational Society: collected essays, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers.

Notas

[1] Puede que se eche en falta una definición previa de lo que se entiende por "movimiento social", sin embargo y, dada la variedad teórica característica del campo y la correspondiente diversidad conceptual, se ha optado por ir intercalando las distintas definiciones de movimiento social dentro de los contextos teóricos que las producen y dan sentido.

[2] Mientras que Klandermans habla de "enfoques de la construcción social de la protesta", Della Porta y Diani se refieren a la "versión interaccionista de la teoría del comportamiento colectivo". En cualquier caso, estas nuevas propuestas se centran en cuestiones como la producción simbólica de significado o la construcción de identidad por parte de los movimientos sociales, lo que, en última instancia, implica la vuelta de la psicología social al campo de estudio de los movimientos sociales.

[3] Melucci, Alberto: L'invenzione del presente: Movimenti, identità,, bisogni individuali, Bologna: Il Mulino,

[4] Objetivo señalado en el prefacio de la obra resultado de dichos encuentros, celebrados entre 1985 y 1986: KLANDERMANS, B., KRIESI, H. Y TARROW, S. (eds.), *From Structure to Action: Comparing social movement research across cultures*, Greenwich, Connecticut, JAI Press, 1988

[5] A pesar de su escasa influencia durante los años setenta y ochenta, la continuidad de este enfoque está representada por autores como Ralph H. Turner, Lewis Killian y Joseph Gusfield.

[6] El término es acuñado en 1937 por Blumer, autor que, junto a Park, es considerado como principal exponente y sistematizador del pensamiento de Mead.

[7] Park y Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University Press, 1921, p.926, citado en Casquette, 1998: 46

[8] En esta cuestión, sin embargo, no parece haber unanimidad. Casquette por ejemplo considera que en las propuestas elaboradas por la escuela de Chicago se mantiene la separación conceptual entre los dos tipos de comportamiento (1998:46), mientras que para Laraña, en su argumentación sobre la presencia de elementos de los enfoques clásicos en el panorama teórico actual, la separación se establece ya desde los primeros teóricos del comportamiento colectivo (1996:27-28). Una posible explicación es aportada por el propio Laraña al señalar la confusión que se introdujo al utilizarse el concepto de comportamiento en dos sentidos, amplio y restringido, en la obra fundadora de Park y Burgess (1921)

[9] Smelser, N.J., *Teoría del comportamiento colectivo*, México, FCE, 1989, pp.20-21, citado en Pérez Ledesma, 1994: 74

[10] Una explicación muy sugerente sobre el por qué de la diferente orientación teórica en los dos continentes en Casquette (1998:152-155), elaborada a partir de los trabajos de Margit Mayer (1991) sobre las bases sociopolíticas y culturales en las que se sustenta la investigación norteamericana sobre movimientos sociales y cuyo contraste con respecto a las europeas explicaría la diferente tendencia de sus teorías.

[11] No hay unanimidad a la hora de adscribir a Oberschall en una u otra de las versiones de la TMR. Mientras que para algunos se sitúa en la corriente que incide en los recursos y la organización (McAdam, McCarthy y Zald, 1988; Della Porta y Diani, 1999), para otros es un representante de la versión que se centra en el conflicto político (Cohen, 1985; Jenkins, 1994 [1983]; Gamson, 1990[1975])

[12] Y cuya influencia es ratificada veinte años después por McCarthy y Zald en la obra que recopila sus trabajos sobre los movimientos sociales (Zald y McCarthy, 1987: 119-120)

[13] En general las críticas desde otras perspectivas se relacionan con la ausencia, dentro del enfoque organizativo, de cualquier consideración explícita hacia cuestiones estructurales o relacionadas con el papel de las emociones o de la identidad, puntos fuertes del enfoque desarrollado en Europa. Para una visión crítica dentro de la misma TMR ver, por ejemplo, Jenkins, 1994 [1983].

[14] Eisinger, P.K.: "The Conditions of Protest Behavior in American Cities" *American Political Science Review*, 67 (1973); Gamson, W.A.: *The Strategy of Social Protest*, Homewood, Il., Dorsey, 1975; Tilly, Ch., Tilly, L. y Tilly, R.: *The Rebellious Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1975; Piven, F.F. y Cloward, R.: *Poor People's Movements*, New York, Pantheon, 1977

[15] "From mobilization to Political Conflict", Ann Arbor, University of Michigan, 1970 o "The Chaos of the Living City" en Hirsch, H. Y Perry, D.C. (eds.), *Violence as Politics*, New York, Harper & Row, 1973

[16] Para Tarrow, otro representante importante de este enfoque, los movimientos sociales son "desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades" (Tarrow, 1998: 4)

[17] Tomamos el término prestado por su capacidad sintetizadora, a pesar de que el propio Tilly rehuye el uso del concepto "modernización" aplicado al cambio en las formas de acción colectiva, al considerar que todas ellas resultaron útiles dentro de sus propios contextos (Tilly, 1995 [1994]: 23-24)

[18] Tarrow, S.: "Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change during Cycles of Protest", Western Societies Paper 15, Ithaca, N.Y., Cornell University

[19] Tarrow, de forma un tanto irónica, reconoce la crítica que le hace Kriesi sobre la confusión de mezclar en el mismo concepto (EOP) elementos estructurales de un sistema político con lo que considera como procedimientos de acceso al poder (1992: 116). En la 2ª edición de *Power in Movement* (1998), Tarrow utiliza el concepto de "oportunidades y restricciones políticas", renunciando al uso del término "estructura" que "puede haber llevado a la mala interpretación entre algunos críticos de que su uso suponía para el autor asumir que las oportunidades no necesitan ser percibidas como incentivos para llevar a cabo la acción colectiva" (1998: 221). Este cambio, por otro lado, le permite incorporar entre las "oportunidades y restricciones políticas" el factor "represión-facilitación", considerado en la edición anterior como un rasgo característico de las estructuras más estables del Estado (1997 [1994]: 167)

[20] El término "ciclos de protesta" es usado por Tarrow hasta la segunda edición de su *Power in Movement*, en la que es cambiado por el de "ciclos de enfrentamiento" (cycles of contention) al considerar que el sentido y uso del anterior quedaba limitado por su asociación con el término contemporáneo de "protesta" (Tarrow, 1998: 215, n.7)

[21] En línea con los trabajos de Tilly sobre la modernización de la acción colectiva, Tarrow considera como el "primer ciclo moderno" las revoluciones europeas de 1848, al que compara con ciclos más recientes como son: el periodo del Frente Popular en Francia y el New Deal en Estados Unidos tras la I Guerra Mundial; los movimientos de los años sesenta en Europa occidental y Estados Unidos y la democratización de los países del este de Europa desde los movimientos polacos de 1980 hasta la descomposición de la URSS en 1991 (Tarrow, 1994; 1998). El propio autor reconoce la necesidad de ampliar las investigaciones a otros sistemas y a otros periodos históricos para comprobar si sus propuestas son aplicables a otros contextos (1998: 226, n.3)

[22] La crítica a la ortodoxia del modelo también se dio desde el propio marxismo, destacando la perspectiva neomarxista que desde la sociología urbana encabezó Manuel Castells que fue, junto a Touraine, de gran influencia en el ámbito latinoamericano durante los años setenta y ochenta.

[23] Della Porta y Diani están haciendo referencia implícita a los movimientos izquierdistas italianos por su llamada a los trabajos empíricos de Tarrow y la propia Della Porta, centrados en Italia. En cualquier caso, remitimos de nuevo para ilustrar el argumento al trabajo de Margit Mayer sobre la cultura política de Estados Unidos, que explicaría en gran manera por qué la TMR surge allí (y, según la autora, por qué dicha teoría no es aplicable fuera del contexto norteamericano). En el resumen ofrecido por Casquette (1998: 152-155) se señalan las principales características que han influido en los movimientos norteamericanos y que se reflejan en la elaboración teórica: un contexto político abierto y flexible que da legitimidad a los movimientos sociales; elaboración de objetivos por parte de la mayoría de los movimientos que no cuestionan el discurso dominante del "american way of life" sino que por el contrario, buscan integrarse de manera efectiva en la sociedad; retórica política que estimula la acción para mantener los mitos fundacionales de democracia y ascenso social basados en el trabajo duro y emprendedor y, por último, un espíritu empresarial que también permea a los movimientos sociales, incluidos los contraculturales. En definitiva, una cultura política de participación y representación de intereses y un amplio consenso valorativo que difiere mucho del caso europeo, donde el Estado y el conflicto de valores ha tenido tradicionalmente un mayor protagonismo.

[24] Son varias las referencias al carácter anarquista de los nuevos movimientos sociales, derivado sobre todo de su rechazo a la autoridad y de su reivindicación de la soberanía del individuo y de la acción directa (Casquette, 1998: 113-117; Offe, 1988: 186)

[25] El propio Habermas considera este periodo en el que se produce el desarrollo del Estado de Bienestar o Estado social como el "caso modélico de la colonización del mundo de la vida" (Habermas,

[26] En América Latina los estudios sobre movimientos sociales formaron parte del programa de investigación impulsado por la red de Grupos de Trabajo de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), que estableció como prioridad de reflexión teórica en la región el tema de la democracia, que se convirtió en el eje articulador de las investigaciones. De esta manera, “los estudios sobre movimientos sociales, la constitución de nuevas identidades y sujetos políticos y el fortalecimiento de la sociedad civil pasaron a estar muy vinculados al debate sobre la transición y consolidación de la democracia” (Fernández: 1992, 19).

[27] Para una crítica sobre la recepción de los enfoques europeos en América Latina y sus implicaciones, véase Paramio: 1991.

[28] El término empleado por Melucci es “individualization” por lo que una lógica traducción literal sería “individualización”, sin embargo, a pesar de que según el Diccionario de la RAE éste término y el de “individuación” son sinónimos, se prefiere el segundo (empleado también por distintos traductores de Melucci) ya que evoca el proceso por el que un individuo toma conciencia de sí mismo, lo que parece estar más cerca de lo pretendido por el autor, a diferencia del primer término, que hace pensar más en un proceso en el que se pasa de lo colectivo a lo meramente individual.

[29] Los primeros en utilizar el concepto de identidad colectiva en el estudio de los movimientos sociales fueron Touraine y Pizzorno, éste último también en relación a los partidos políticos. Sin embargo, como señala el propio Melucci, ninguno de ellos lo hace en el sentido de construcción de un actor colectivo, en este caso un movimiento social, sino que, en el caso de Touraine, éste considera la identidad colectiva como un dato o “esencia del movimiento” mientras que Pizzorno se mantiene en la tradición marxista al relacionar el concepto con la existencia de intereses comunes de los actores (Melucci, 1994[1988]: 173, n.13).

[30] A pesar de la crítica a la TMR, Melucci incorpora en su definición de identidad colectiva una dimensión estratégica formulada en términos de costes y beneficios, idea muy cercana a la TMR, lo que hace pensar que su incorporación responde a los intentos de integración que se inician a mediados de los ochenta. De hecho, la definición se encuentra en la aportación que hace Melucci a uno de esos intentos, en concreto el editado por Klandermans, Kriesi y Tarrow en 1988.

[31] La cuestión de las “expectativas” es utilizada por Melucci (1994 [1988]: 169-172) para vincular el tema de la construcción de una identidad colectiva con otros planteamientos teóricos que, aunque implícitamente están haciendo referencia a la necesidad de una identidad colectiva para que se de la acción, no parecen darse cuenta de esto o, al menos, no lo analizan ni desarrollan de manera explícita. Según el autor, enfoques como la “teoría de la privación relativa” o incluso el de la “movilización de recursos”, implican una subyacente teoría de la identidad desde el momento que consideran al actor capaz de “elaborar expectativas y evaluar las posibilidades y límites de su acción, lo que implica capacidad para definirse a sí mismo y a su ambiente” (ibídem: 172).

[32] Una síntesis de las críticas dirigidas al enfoque de los NMS puede encontrarse en Tarrow, 1991: 61-68

[33] Una breve síntesis y comentario acerca de los distintos encuentros internacionales organizados para facilitar el contacto entre teóricos de los dos modelos, en McAdam, McCarthy y Zald, 1996: xi-xiii.

[34] La diferencia entre un tipo y otro de movilización sería que mientras la movilización de consenso “crea el compromiso”, la movilización de la acción “activa el compromiso” (Klandermans, 1988: 176)

[35] No sería el caso de los llamados movimientos antiglobalización, que con su internacionalización introducen, sin duda, nuevas cuestiones sobre cuál es el contexto político que los afecta o sobre cómo afrontan los distintos Estados a estos nuevos actores colectivos.

[36] Por otra parte, Melucci y su énfasis en la construcción de identidades influyen en gran medida una

perspectiva de gran arraigo en el ámbito latinoamericano en los últimos años: la que considera que para dar cuenta de los nuevos movimientos que surgen en América Latina a partir de los años setenta debe prestarse especial atención a las dimensiones de estrategia, identidad y política (democracia). Representada por Arturo Escobar y Sonia Alvarez, el enfoque que se propone surge de la consideración de que “las estrategias de los movimientos y su contribución a los procesos de democratización implican una identidad colectiva que las mismas estrategias ayudan a construir” (Escobar y Alvarez, 1992: 8). En ese proceso de construcción de identidad se encontraría, por otra parte, el principal potencial democratizador de los movimientos, que afectaría sobre todo a las relaciones sociales que se desarrollan a nivel de la vida cotidiana, que es “donde muchas de las formas actuales de protesta emergen y ejercen su acción e influencia” (ibídem: 4)